VERANO EN GUERRA



REBECCA BAEZ

VERANO EN GUERRA

Rebecca Báez

Copyright © 2025 Rebecca Báez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducido en ninguna forma ni medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotografías, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos que aparecen en este libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: **2507282622640**

Registrado el: **28/07/2025**

Instagram: @rebeccabaezlibros

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

Bienvenida al infierno verde

3 de agosto. Camping Legur. Gerona. Treinta y dos grados a la sombra. Cero cobertura. Una maleta con ruedas que no rueda y unas sandalias nuevas que me han destrozado los pies antes siquiera de llegar a recepción. «Bienvenidas al infierno verde».

—Esto es una broma. Tiene que serlo —musité, jadeando mientras arrastraba lo que ya no era una maleta, sino una prolongación de mi sufrimiento personal—. ¿A quién se le ocurre poner piedras en lugar de asfalto? ¿Es que nadie ha oído hablar del pavimento?

El sudor me resbalaba por la nuca, y notaba cómo una gota se colaba por la espalda, deslizándose con saña entre el sujetador y la piel. Una sensación gloriosa. Exactamente igual que estar en un spa. Uno lleno de bichos, con olor a pino y tierra seca.

Todo esto era, por supuesto, idea de Lulú. Solo a mi hermana se le podía ocurrir celebrar el sesenta cumpleaños de nuestra madre en un camping. Y no uno cualquiera, no. Tenía que ser *"el más auténtico de la Costa Brava"*, según su entusiasta correo electrónico con el asunto: "¡Planazo en familia! 🏕️❤". Un planazo que consistía en encerrarnos a todos en cabañas de madera, sin aire acondicionado, sin comodidades y, al parecer, sin una mísera conexión wifi decente. Pero claro, Lulú vive convencida de que la vida es mejor sin pantallas y que abrazar árboles te cambia el aura. Yo, en cambio, prefería abrazar una buena tarifa de datos.

Seguramente, todos habían llegado ya. Probablemente se habían repartido las mejores cabañas mientras yo maldecía cada piedra del camino, y no precisamente en voz baja. Mi llegada fue un desfile triunfal de tropiezos, improperios susurrados y miradas asesinas a cada mosca que osaba acercarse.

Suspiré, me subí las gafas de sol sobre la cabeza y empujé la maleta —mi querida y maltratada Samsonite— por lo que parecía una cuesta

infernal hacia la entrada del camping. Y fue entonces cuando la vi.

Ella.

Descalza, con los pies hundidos en la tierra como si fueran raíces, llevaba una camiseta de tirantes desteñida que dejaba al descubierto unos brazos bronceados y fuertes y un top deportivo rosa chillón. Un moño desordenado coronaba su melena oscura. Su sonrisa, ladeada, tenía ese aire entre desafío y juicio que te desarma; como si ya supiera perfectamente qué tipo de persona eras sin siquiera hablarle de tu vida.

—¿Joana? —preguntó con voz ronca y pausada.

—Depende —repliqué entre jadeos y un bufido digno de una maratonista frustrada—. ¿Eres de Hacienda?

Rio. Bueno, no fue exactamente una risa. Más bien una carcajada grave que le hizo vibrar los hombros... y, de paso, el estómago.

—Claudia —se presentó, tendiéndome una mano. No sé por qué se la estreché. Supongo que por esa sonrisa traviesa y esa mirada tan clara que parecía leerme por dentro—. Soy la encargada del camping. Bienvenida al paraíso.

Ajá. Paraíso. Claro. Si por "paraíso" entendía tierra polvorienta, árboles gigantes, bichos voladores y cabañas que probablemente no tenían una cerradura decente.

—Espero que tus cabañas estén bien equipadas —solté, sin poder evitar cierto tono pasivo-agresivo—. Porque no pienso salir de la mía ni aunque me echen a patadas.

La sonrisa de Claudia se curvó aún más, y sus ojos adquirieron un brillo extraño. ¿Desafío? ¿Burla? ¿Curiosidad?

—Depende de lo que entiendas por comodidad —contestó, llevándose las manos a la cintura. Tenía los brazos llenos de pulseras, de esas cargaditas de cuentas de colores y cascabeles—. Para mí, son un lujo. Y espero que disfrutes de la tuya, la verdad.

Me quedé en silencio. No solo porque intentaba descifrar si aquello era una amenaza, una provocación o su manera de coquetear, sino porque estaba demasiado ocupada mirando sus clavículas. «Dios, ¿por qué tenía unas clavículas tan sexis?»

Tragué saliva. «No, no. Céntrate, Joana. Estás en guerra. Y la primera regla de supervivencia en el infierno verde es no fiarse de nadie que ande descalzo».

—¿Sabes dónde está mi familia? —pregunté, recomponiéndome mientras le lanzaba otra mirada furtiva. Error. Tenía un lunar perfecto en el cuello. «Maldición».

—Creo que llegaron hace un rato —informó Claudia, dándose la vuelta para guiarme por un sendero lleno de raíces—. Están en la zona norte, donde están las cabañas grandes.

—¿Y la mía también lo es?

—Para mí sí. Ya me lo contarás tú.

El camino fue una tortura. Cada paso suponía un pequeño castigo, y la maleta se tambaleaba como si estuviera a punto de declararse en huelga. Claudia, ajena a mi martirio, caminaba con la soltura de quien se ha fundido con la montaña. Como si fuera una ninfa del bosque que, en vez de una flauta, llevase el sarcasmo en la lengua.

—¿Siempre vas descalza? —pregunté, por decir algo.

—Solo cuando no hace calor. Y cuando me apetece. Es decir, casi siempre.

No supe qué contestar. Estaba demasiado concentrada en no caer de bruces por culpa de una raíz especialmente traicionera. Claudia se giró, me lanzó esa media sonrisa suya, y juro que me ardieron las mejillas.

—Tranquila, ya casi hemos llegado —anunció, señalando una cabaña de madera que bien podría haber salido de una película indie. Bonita, sí. Pero también sospechosamente frágil—. Esta es la tuya. La número cinco. Justo entre los pinos.

—Genial —dije sin emoción—. Entre bichos y polen. Mi lugar favorito.

Claudia no respondió. Se limitó a encogerse de hombros y a entregarme una llave con el número correspondiente.

—Buena suerte, urbanita.

Y ahí lo supe con total certeza. Una: estaba oficialmente atrapada en un infierno verde. Y dos: Claudia tenía un problema. O tal vez lo tenía yo.

Porque si seguía mirándola así, mis dificultades con la cobertura o los bichos iban a ser el menor de mis problemas.

CAPÍTULO 2

Claudia, la dueña —la ninfa— del camping

No me temblaba el pulso por el esfuerzo físico, sino por el trauma visual que intuía al otro lado de la puerta. Sostenía la llave entre los dedos —la famosa llavecita con una hoja de madera tallada— con un nudo en el estómago que no sabía si atribuir al miedo o al hambre. Probablemente, a ambos. Permanecí unos segundos inmóvil frente a la cabaña número cinco, sudando como si acabara de terminar el Camino de Santiago, preguntándome si realmente quería abrir aquella puerta y enfrentarme a lo que Claudia —la ninfa del camping— había calificado como "un lujo".

Introduje la llave en la cerradura y respiré hondo. No sabría decir qué esperaba, sinceramente. Tal vez algo de sombra, un ventilador decente, una pizca de paz. Pero lo que me encontré fue otra cosa muy distinta.

Entré como una mula: la cabeza gacha, los pies arrastrándose sobre el suelo de madera, sin prestar atención a nada más que a las tablas viejas bajo mis sandalias hechas trizas. Me envolvió un olor a cerrado, a humedad mezclada con pino rancio y algo indefinido que podía ser incienso... o el rastro de un animal muerto. Alcé la vista.

La expresión de mi cara debía de ser una mezcla entre horror, resignación y un leve tic nervioso en el ojo izquierdo.

Aquel lugar era un zulo.

Una cama individual pegada a la pared, una mesita coja con una lámpara que parecía haber sido rescatada de un mercadillo hippie y una ventana minúscula por la que apenas se filtraba un hilo de luz. Y eso siendo generosa. En un rincón, una estantería torcida sostenía dos libros cubiertos de polvo: uno sobre astrología y otro que parecía una guía para hacer compost casero. Muy útiles, sin duda.

¿El paraíso? Claro. Si lo que uno anhelaba era convertirse en ermitaño, alimentarse de insectos y morir lentamente entre paredes de madera.

Me di la media vuelta. Solté un suspiro. Y me di un susto de muerto. Claudia estaba ahí. Apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa sonrisa suya: divertida, segura... e insoportable. Parecía disfrutar con mi incomodidad como si estuviese presenciando un espectáculo privado.

—¿Y bien? —preguntó con voz grave, en un tono entre burlón y curioso—. No le falta de nada, ¿verdad? Tiene todo tipo de lujos.

La miré despacio. Inspiré profundamente y activé el sarcasmo, ese superpoder que me salvaba cuando el mundo se me venía encima.

—Sí, claro. Si por lujos entiendes falta de aire, mobiliario del pleistoceno y una decoración estilo "post-catástrofe natural", entonces sí. Estoy en un resort de cinco estrellas.

Su sonrisa se amplió. Se apoyó aún más en el marco, relajada, ahora con chanclas, como si de verdad aquello fuese el paraíso terrenal. El moño había desaparecido y sus rizos oscuros caían desordenados sobre el cuello. Llevaba una pulsera de cuerda roja en la muñeca izquierda que no dejaba de moverse cada vez que cruzaba los brazos o gesticulaba. Me fijé en ese detalle. No sabría explicar por qué.

—Hay quien pagaría por esta desconexión —murmuró, casi en un susurro.

—Pues dales mi número. Les vendo mi plaza encantada.

Me crucé de brazos, imitando su postura, y volví a mirar el interior de la cabaña, como si eso pudiera cambiar algo. No. Seguía siendo un rincón oscuro, asfixiante, sin red eléctrica y con una cama que seguramente chirriaba más que mis ganas de estar allí. Por un instante, imaginé a Lulú instalada en una cabaña luminosa, con su marido ideal, sus hijos de postal y sus ensaladitas orgánicas. Todo sonrisas. Todo perfecto.

Y yo aquí. A punto de evaporarme.

—No quiero sonar dramática —mentí con descaro—, pero esto va a ser mi ruina.

—¿Y eso? —inquirió Claudia, sin apartar la vista de mí. ¿Por qué me observaba así? Con esa mezcla de diversión y... ¿curiosidad? ¿interés? ¿deseo? Vale, eso último lo estaba imaginando. Seguro.

—Porque me estoy forzando a pasar un verano entero rodeada de mosquitos, sin wifi, y compartiendo espacio con gente que no he elegido.

Solo por mi madre. Que, por cierto, cumple años y está felizmente ajena a mi tragedia.

Claudia ladeó la cabeza, como si intentara descifrarme. Su sonrisa se suavizó, pero no desapareció.

—Eso suena muy altruista. ¿Un castigo autoimpuesto?

—Un sacrificio. A lo Juana de Arco. Solo que sin armadura. Ni fe.

Volvió a reír, y algo en mi pecho se contrajo de forma absurda. «Maldita sea».

—Bueno, Juana de Arco, te dejo que te instales —dijo, incorporándose con suavidad y empujándose con los talones—. Y si necesitas algo, estaré… por ahí. Vigilando.

—Qué reconfortante —mascullé, aunque no me moví un ápice. Verla alejarse era... en fin. Era peligroso.

Cuando desapareció tras los árboles, me dejé caer sobre la cama como si el mundo se hubiese detenido. Cerré los ojos y me tapé la cara con las manos.

—Genial. Todo mal —murmuré en voz alta—. Estoy atrapada en una sauna de madera. Mi familia pasa de mí. Y la dueña del camping está demasiado buena como para ignorarla.

El techo tenía una telaraña en la esquina. Y yo tenía una sensación rara en el pecho, una mezcla de calor, incomodidad... y algo que no quería nombrar todavía. Pero lo sentía. Estaba ahí.

Y tenía nombre.

Claudia.

CAPÍTULO 3

No hay wifi, pero sí cabras

6 de agosto de 2025. Tercer día en el Camping Legur. A esas alturas, podía afirmar que había matado más moscas que horas había dormido. Y eso que no dormía precisamente poco. Me refugiaba en la cabaña en cuanto se ponía el sol, como si fuera una criatura nocturna al revés, encerrada por el pánico a los insectos, los crujidos y ese silencio del bosque que, en realidad, no es tal, sino un zumbido persistente de cosas con patas que van, vienen y jamás se detienen.

Llevaba tres días alimentándome a base de soja texturizada como si fuera ternera, ensaladas repletas de ingredientes de procedencia dudosa y pan de centeno, como si estuviera cumpliendo una penitencia bíblica. Mis tripas clamaban por un plato de pasta con albóndigas decente. Y lo peor no era eso. Ni siquiera los desayunos "détox" que Claudia anunciaba como exquisitos. No. Lo realmente insufrible era intentar trabajar.

La expresión “trabajo remoto” tenía sentido en una cafetería con enchufes, wifi y aire acondicionado. No cuando una se veía obligada a encontrar un rincón a la sombra, libre de hormigas, donde el portátil no alcanzara la temperatura de una tostadora. El camping rebosaba de almas libres, cuerpos bronceados, gente en pareo con libros entre las manos... y yo, con mi ordenador en batería crítica y Google Docs congelándose cada dos por tres. Un drama.

Aun así, ese día tuve suerte. Encontré un claro entre los árboles, milagrosamente vacío. Sin chillidos, sin niños. Solo yo, mi portátil, una sombrilla portátil ridícula comprada por impulso en una gasolinera de camino a este infierno y una manta sobre la hierba. Sorprendentemente, ni un mosquito. Y el sol brillaba con esa luz cálida que consigue embellecer incluso lo que detestas. Aunque no pensaba admitirlo. Al menos, no tan pronto.

Suspiré, eché un vistazo a mi alrededor y decidí darme un respiro. Cerré el portátil con cuidado, como si fuera un recién nacido, y lo guardé

con mimo. Me tumbé de espaldas sobre la manta, dejando que el sol me acariciara el rostro. Cerré los ojos. Inspiré profundamente. Y, por primera vez desde que llegué, me permití relajarme. Solo un instante.

No sabría decir cuánto tiempo pasó. Podrían haber sido minutos. O una eternidad. El caso es que el sonido que me sacó de ese pequeño trance no fue precisamente el de un pájaro. Fue un bufido. Un resoplido grave, gutural. Contundente.

Abrí un ojo.

Y allí estaba. Una cabra. A escasos cinco centímetros de mi cara. Ojos amarillos, barba puntiaguda y un trozo de hierba colgando de la boca. Me observaba fijamente, como si evaluara si comerse mis gafas de sol o mi flequillo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaah! —solté un grito tan estridente que, con toda probabilidad, espanté hasta a los árboles.

Me incorporé de un salto, tropecé con la manta y eché a correr como si me persiguiera el diablo. La cabra, claramente sorprendida pero también intrigada por el alboroto, me siguió. Y así comenzó la escena más humillante de mi existencia: yo, corriendo por el claro, chillando como una histérica, y la cabra detrás, troteando con entusiasmo, como si fuésemos dos niñas jugando al pilla-pilla.

—¡Socorro! ¡Una cabra! ¡¡Una cabra me persigue!!

Y entonces la vi. En el borde del claro, entre dos árboles. Claudia. Sostenía una botella de agua y me miraba con una expresión que pasó de la sorpresa al ataque de risa en cuestión de segundos.

—¡¿Pero qué haces?! —gritó sin moverse, tronchándose de la risa.

—¡¡Tiene cuernos!! —repliqué, aterrada—. ¡Y una mirada asesina!

—Es Lolita —dijo, levantándose por fin—. Se ha escapado. Pero tranquila, solo es curiosa. Bueno... y un poco bruta.

Justo en ese instante, como si la condenada entendiera perfectamente su papel en la escena, aceleró y me embistió por detrás. No con fuerza, pero sí lo suficiente como para hacerme perder el equilibrio. Caí primero de rodillas y luego de costado, con un golpe seco que arrastró mi dignidad por los suelos. Y mi rodilla también.

—¡Ayyy! ¡Que me ha placado! ¡Esto no es ni medio normal!

Lolita se quedó allí, mirándome con una expresión que decía claramente: «Tampoco era para tanto». Claudia, en cambio, se acercó. Caminaba despacio, aún con la sonrisa dibujada en el rostro. No sé si fue por la vergüenza o por el enfado, pero me puse en pie de un salto, como si no quisiera que me viera derrotada.

—¿Estás bien? —preguntó, entre divertida y sorprendida.

—¿Tú qué crees? —espeté, mientras me sacudía la hierba del pantalón—. Acabo de ser agredida por una cabra. Y encima con nombre de folclórica.

—Es que Lolita tiene carácter. Y le gusta la gente intensa.

—Pues que se enamore de otra. Yo paso.

Claudia soltó una carcajada. Se agachó, le dio un golpecito suave a la cabra en el lomo, y esta respondió con un "meeeh" poco entusiasta antes de alejarse con total indiferencia.

—Ya está, ya se va. No te lo tomes como algo personal. Solo quería curiosear.

—Dormir —corregí, aún con la adrenalina por las nubes—. Estaba durmiendo. En paz. Por primera vez desde que llegué.

—Y lo hemos estropeado —dijo, y noté cómo su sonrisa habitual se tornaba en algo más suave, casi cómplice.

—Sí, lo habéis estropeado. Tú y tu cabra.

Claudia dio un paso hacia mí. Pude oler su piel, ese aroma entre madera, sol y algo cítrico que no logré identificar. Se inclinó ligeramente.

—Vamos, admítelo —susurró—. Esto es más emocionante que una reunión por Zoom.

Tragué saliva. Estaba demasiado cerca. Y su sonrisa, joder, su sonrisa era dinamita.

—No me hagas reír. Estoy traumatizada.

—Un poco de drama nunca viene mal. Da vidilla.

Nos quedamos un segundo en silencio. Solo se oía el canto lejano de las cigarras, constante. El sol se filtraba entre las hojas. Y nuestros cuerpos, más cerca de lo que me gustaría reconocer.

—Me voy a encerrar en mi cabaña —anuncié, retrocediendo un paso.

—Suerte con eso —replicó, con una sonrisa pícara—. Lolita sabe abrir puertas.

Y mientras me alejaba, con la poca dignidad que me quedaba, la escuché reír otra vez. Y, maldita sea, no pude evitar sonreír también. Aunque me doliera la rodilla. Y el orgullo.

CAPÍTULO 4

Bienvenida a Patolandia

La rodilla aún latía como si tuviese un tambor tribal incrustado bajo la piel, y cada vez que intentaba apoyarla me arrepentía de haber nacido. O, al menos, de haber salido de la cabaña aquella mañana. Pero lo peor no era el dolor físico. No. Era el hambre.

Mi estómago rugía con la intensidad de un león africano en plena época de celo. No me había atrevido a salir desde el incidente con Lolita —la cabra ninja—, pero la necesidad de alimentarme estaba ganando la batalla al orgullo herido y a la vergüenza que me invadía cada vez que recordaba cómo aquella criatura peluda me había embestido como si fuera una jugadora de rugby.

Con un cojear digno de telenovela, salí finalmente de la cabaña. El sol me golpeó de lleno en la cara, y por un momento consideré volver a refugiarme en la sombra. Pero entonces lo olí.

Barbacoa.

Ese aroma… el de las brasas, la carne asándose lentamente, la promesa de felicidad envuelta en proteína. Me detuve en seco. Literalmente. Mi cuerpo se paralizó como si el universo hubiese pulsado el botón de "pausa".

Seguí el rastro como si fuese un personaje de dibujo animado flotando sobre una nube de humo. La rodilla protestaba a cada paso, pero el estómago llevaba el mando y me guiaba sin contemplaciones. Crucé entre cabañas, pasé junto a un par de niños que se perseguían con pistolas de agua, una pareja que se besaba en una hamaca y una anciana en topless haciendo macramé (sí, topless; lo que mis ojos habían visto en aquel lugar no tenía nombre).

Y entonces la vi. Claudia.

De pie junto a una barbacoa de obra, con unas pinzas en la mano y una expresión de satisfacción como si estuviese presentando su receta estrella en un programa de cocina. Llevaba una camiseta sin mangas, un

pañuelo atado al pelo y una serenidad tan absoluta que me dieron ganas de lanzarle un hielo a la cabeza solo para equilibrar un poco el karma.

Pero no lo hice. Porque me lancé a correr. Bueno… correr es mucho decir. Era una mezcla entre trote cojo, salto torpe y arrastre desesperado. Mi único objetivo era llegar hasta ella, hasta las brasas, hasta ese bendito olor que prometía llenar el agujero negro que me ocupaba el estómago.

Lo que no había previsto era la piscina. Ni mi propia torpeza. Ni el destino, ese bufón sin gracia.

Pisé mal. No vi el borde. O lo vi, pero mi rodilla decidió no cooperar. El caso es que, de repente, mis pies se separaron del suelo. Noté el aire caliente, un grito —probablemente el mío—, y después: el chapuzón. Agua. Ropa. Gafas de sol saliendo disparadas. Un alarido ahogado. Y el glorioso silencio colectivo cuando todo el camping giró la cabeza para contemplarme flotando como un pato desorientado en mitad de la piscina.

—¡¿Pero qué coño…?! —mascullé, escupiendo agua mientras me apartaba el pelo empapado de la cara.

Claudia apareció en el borde, con una mezcla de risa contenida y preocupación en la mirada. Se agachó ligeramente, apoyando las manos en las rodillas.

—¿Estás bien?

—¡No! —bufé, frotándome los ojos para limpiar el rímel corrido—. ¡Estoy empapada! ¡Tengo hambre! ¡Me duele la rodilla! ¡Y acabo de hacer el ridículo delante de todo el mundo!

Abrió la boca como para responder, pero no pudo. Se echó a reír. Una carcajada limpia, sonora, con esa voz grave que parecía nacer de lo más profundo. Y allí, en medio de la piscina, flotando como una croqueta humana, yo solo pude cerrar los ojos y maldecir en silencio a todos los santos conocidos.

—No te rías —protesté con voz de niña enfadada—. Estoy al borde de un colapso nervioso.

—Vale, vale —dijo, intentando recuperar la compostura mientras me tendía la mano—. Ven, anda. Vamos a sacarte de ahí antes de que te conviertas en sirena.

—Ya estoy bastante mojada como para que encima me tomes el pelo.

—No te lo tomo. Te lo seco, si hace falta.

La frase me pilló tan desprevenida que me quedé inmóvil, mirándola. Sus ojos brillaban, sus labios dibujaban esa curva peligrosa y su mano seguía extendida hacia mí, esperando.

La agarré. Su palma era firme, cálida. Me ayudó a salir del agua con una facilidad humillante, como si no pesara nada. Me quedé de pie a su lado, chorreando, con la camiseta pegada al cuerpo y los pantalones cortos convertidos en una segunda piel. Era como una escena de comedia romántica adolescente... solo que con treinta y dos años y la dignidad en la cuerda floja.

—Si esto fuera una película —murmuré, mientras me escurría el pelo —, ahora tocaría que alguien me ofreciera una toalla y una hamburguesa.

Claudia se giró sin decir nada y caminó hasta una mesa cercana. Volvió con una toalla enorme —verde, con dibujos de piñas, muy en la línea estética del camping— y un plato con lo que parecía una hamburguesa vegetal en pan de espelta. No era lo que había soñado, pero el gesto me desarmó.

—No es de carne, pero está buena —dijo, ofreciéndome el plato—. Confía en mí.

La observé. Tomé la hamburguesa. Le di un buen mordisco. Cerré los ojos. Suspiré. Estaba buenísima, no, lo siguiente. Pero no era el momento de reconocerlo. Aunque, tal vez, podía ceder… solo un poco.

—Vale. No está mal —admití con fingida desgana—. Quizá no todo sea tan terrible.

—¿Ves? Poco a poco. Eres como un patito que se ha caído al agua antes de aprender a nadar.

—Si me llamas pato una vez más, me lanzo contigo dentro —advertí, entre bocado y bocado.

Ella sonrió. Yo también. Y durante unos segundos, olvidé que estaba empapada. Porque ella estaba allí. Riéndose conmigo. O de mí. Pero, en cualquier caso, estaba allí.

CAPÍTULO 5

“La familia”. La culpable del sacrilegio

Mi día estaba completamente arruinado. Primero la cabra. Luego la piscina. Y después, la hamburguesa vegetal que me comí mientras intentaba evitar una pulmonía, sentada bajo un rayo de sol como si fuera un lagarto urbanita buscando calor. Mi dignidad se había reducido a eso: a cazar rayos solares y escurrir calcetines empapados.

Cuando conseguí secarme mínimamente —gracias a la toalla de piñas y al viento mediterráneo—, me uní a mi familia en una de las mesas de picnic repartidas por el camping. Error de novata. Pero, claro, mi madre había aparecido justo durante mi estrepitosa caída en la piscina y me había invitado. Y yo, débil, blanda o simplemente la hija mayor, acepté.

Y allí estaban todos.

Mi hermana Lulú, con su energía apocalíptica, gesticulaba como una presentadora de televisión mientras relataba todas las actividades que había planeado para la semana: talleres de pintura, yincanas, excursiones y —mi favorita— sesiones de meditación.

—Es que es ideal para desconectar —decía, exultante—. Además, mamá necesita moverse. Que no se duerma como siempre, que la pobre se oxida.

La miré. Mi madre, Isabel, estaba haciendo precisamente eso: dormía. Estirada en una hamaca, con un sombrero de paja que le cubría media cara y una sonrisa tranquila, como si soñara con algo infinitamente mejor que nosotros. Me dieron ganas de abrazarla. O de subirme a la hamaca y dormirme a su lado.

Mientras tanto, mis sobrinos, Carlos e Iván, se peleaban por un balón de playa. Carlos, el mayor, todavía me saludaba con algo parecido al respeto. Iván, en cambio, era una versión en miniatura de Satán con cuatro dientes de leche. En algún momento, mientras yo mantenía una sonrisa de compromiso y escuchaba de fondo la conversación que Claudia tenía con

unos vecinos, Iván me lanzó el balón con la fuerza de un portero profesional.

Directo a la cara.

El impacto me hizo dar un paso atrás. El balón rebotó sobre la mesa, derribó un vaso de agua que terminó derramándose encima de mí. Y lo siguiente que oí fue la risa estrepitosa de mi cuñado. A carcajadas. Como si hubiese presenciado un número cómico.

Nadie le dijo nada a Iván. Nadie. Ni siquiera mi madre, que se despertó de golpe al oír mi grito de indignación.

Y yo ya no podía más. Hasta el gorro. Hasta los mismísimos, si se me permite la expresión.

—Voy a por un ibuprofeno —anuncié con el tono más seco que fui capaz de adoptar—. Y por un poco de dignidad. Si es que me queda algo.

—Cariño…

Me levanté con la rodilla protestando, el orgullo aún empapado por la piscina (y ahora por el vaso), y la cara medio roja por el golpe y la rabia. Caminé hacia la cabaña con paso decidido, sintiéndome una mártir moderna, víctima de una familia que confundía afecto con asedio y de un camping que parecía diseñado para ponerme a prueba.

Llegué a la puerta, saqué las llaves, las introduje en la cerradura… y entonces noté una mano apoyarse sobre la madera.

Me giré, dispuesta a soltar un «¿qué quieres ahora?» con la mejor de mis caras, cuando la vi. Claudia. Sonriente. Con ese aroma a brasas todavía flotando a su alrededor y los brazos cruzados como si estuviera en el porche de su casa. Un mechón húmedo le caía sobre la frente, y no sé cómo, pero hasta eso le sentaba bien. Qué irritante.

—¿Otra vez huyendo de la civilización? —preguntó con esa voz ronca que ya me resultaba demasiado familiar.

—Querrás decir huyendo del caos —repliqué—. Mi familia ha decidido jugar conmigo a un experimento social en el que yo pierdo la cordura y ellos se parten de risa. Es muy entretenido.

Claudia apoyó el hombro contra el marco de la puerta, bloqueándome el paso sin violencia. No era agresiva. Solo estaba ahí. Cómoda. Descarada.

—Tienes una familia bastante intensa.

—Tengo una familia que no entiende el concepto de “descansar sin invadir la privacidad ajena”. Lulú, por ejemplo, cree que la felicidad consiste en hacer manualidades con barro y permitir que sus hijos campen a sus anchas como si esto fuera una comuna.

—He visto a tu madre dormida al sol. Me ha parecido una mujer muy sabia.

Sonreí, a pesar de todo. Bajé la guardia. Apoyé la espalda en la puerta y dejé escapar un suspiro. Claudia me observaba con atención, con esa serenidad suya que contrastaba brutalmente con mi caos interior.

—¿Sabes? —murmuré, bajando un poco la voz—. En el fondo, me alegro de estar aquí por ella. Por mi madre. Porque la quiero más que a nada. Pero si vuelvo a oír la expresión “dinámica grupal”, juro que me lanzo a la piscina con los bolsillos llenos de piedras.

Claudia soltó una carcajada suave. Y no sé por qué, pero ese sonido logró deshacer un poco el nudo que llevaba apretado en el pecho desde que amanecí.

—Esta noche hay hoguera —me recordó—. Nada de actividades. Solo una reunión tranquila para charlar, conocer gente... o mirar las llamas fingiendo que prestas atención. Puedes llevar una manta. Y poner cara de interesante. Se te da bien.

—¿Eso es una invitación?

—Es una sugerencia.

—¿Y si no voy?

—Te echaré de menos.

Y se marchó. Así, sin más. Con esa naturalidad suya que parecía dejarlo todo en el aire, pero que en realidad lo clavaba en lo más hondo.

Me quedé allí, con las llaves aún en la mano y el corazón ligeramente descolocado. En apenas unos segundos, Claudia había logrado que todo mi hastío con el camping se difuminase… porque el problema ya no era el camping. Era ella. O más bien, el efecto que ella tenía en mí. Un efecto que no sabía gestionar.

CAPÍTULO 6

A la luz de la hoguera te encontré

La temperatura había descendido lo justo para que una manta dejase de ser un capricho tonto y se convirtiese en un lujo razonable. El cielo estaba completamente despejado, repleto de estrellas, esas que solo se ven lejos de la ciudad y que siempre parecen más cercanas de lo que son en realidad. «Un poco como las personas», pensé.

Me senté al borde del círculo, medio oculta tras un grupo de adolescentes que susurraban entre ellos. Llevaba mi manta de rayas azules —robada del coche de mi hermana— y sujetaba una taza de té que no me había preparado yo, pero que alguien había dejado sobre el alféizar de la ventana de mi cabaña, con un cartel que decía simplemente: "Te calmará". No necesitaba calmar nada, pero lo cogí igualmente. Mi objetivo era no morir de frío. Y cumplió su objetivo en cuanto le di el primer sorbo y el sabor a manzanilla se me quedó grabado en la lengua.

La hoguera crepitaba en el centro, lanzando chispas al aire y proyectando sombras danzantes en los rostros de quienes la rodeaban. Y allí, como sacerdotisa de aquel aquelarre veraniego, estaba Claudia. Descalza, por supuesto, con un vestido largo de color malva y esa serenidad suya, sosteniendo un palo luminoso de color naranja. Era tan ridículo como hipnótico. Parecía un sable láser, pero lo manejaba con reverencia, como si fuera una reliquia ancestral.

—Bueno —empezó con esa voz capaz de atravesarte el pecho—. Gracias por estar aquí esta noche. Sé que no todos sois muy fans de las dinámicas grupales...

Me lanzó una mirada fugaz. Lo noté.

—...pero este espacio es para compartir. No para decir cosas profundas, necesariamente, sino para no seguir siendo completos desconocidos. Vivimos cerca durante estos días. Comemos, nos cruzamos, nos saludamos. ¿Por qué no conocernos un poco más?

A mi alrededor, la gente asentía. Alguien soltó una broma sobre horóscopos, y Claudia rio. Luego levantó su palo naranja y se lo pasó al primero que quiso hablar. Un chico con acento argentino contó que estaba recorriendo Europa con mochila, buscando inspiración para su novela. Aplaudieron. Después habló una chica que daba clases de yoga y dijo que conversaba con los árboles. Más tarde salió una pareja mayor celebrando cuarenta años juntos. Dulce. Agradable. Emotivo.

Y entonces me reí. Fue más bien un bufido, un gesto incrédulo que se escapó solo, justo cuando Claudia pronunció aquello de «dejad que la naturaleza se os meta dentro».

«¿Dentro? ¿Perdona?»

No sé si fue el efecto del té, el cansancio o aún el chapuzón en la piscina, o simplemente que ya no podía con tanta espiritualidad concentrada. El caso es que me reí. Y sí, me vio.

Peor aún: me señaló con el palo naranja.

—Joana —musitó con una sonrisa ladina—. ¿Te animas a compartir?

—Paso palabra —traté de escapar.

—Demasiado tarde. El oráculo te ha elegido —insistió, y el grupo giró a mirarme.

Maldije en todos los idiomas que conocía, sacudí la manta y, con la cabeza gacha, avanzé hacia el círculo. El fuego me acarició el rostro. Sentí el palo naranja entregado como un trofeo o una condena. Claudia me dedicó un guiño. La mataría. Pero después de que acabara mi turno.

—Vale —arranqué tomando aire—. Lo confieso: me he reído. Porque aquello de “la naturaleza se nos meta dentro” me pareció... invasivo, sinceramente.

Risas contenidas. Vale, al menos seguían ahí.

—Pero, ya que me encuentro aquí y tengo este palo mágico —levanté el palo—, diré algo.

Pausa dramática. Involuntaria. Las manos me temblaban un poco.

—Creo que muchos de los que estáis aquí buscáis algo. Paz. Desconexión. Silencio. Llamadlo como queráis. Pero lo curioso es que solo os acordáis de la naturaleza en vacaciones. En momentos de crisis o necesidad. Como si fuera una sala de espera espiritual.

Claudia me observaba. Ya no sonreía.

—Yo no soy muy fan de este lugar —prosigo—. Me pican los bichos, me duelen las rodillas, no tengo wifi y una cabra me declaró la guerra. Pero es por algo mucho más importante.

Tragué saliva.

—No me gusta la naturaleza desde que mi padre murió. Porque él era naturaleza. El que me enseñó a observar los árboles, distinguir el canto de los pájaros, hallar belleza en el silencio del bosque. Y cuando se fue, todo eso dejó de tener sentido. Dolía demasiado.

Un silencio espeso se extendió entre los presentes. También entre mi madre, que me dedicaba una mirada brillante. Solo se oía el rumor del fuego. Ni Lulú ni mis sobrinos dijeron nada, y lo agradecí.

—Así que... aquí estoy. En mitad del bosque. Rodeada de gente que dice querer reconectar con el mundo. Pero yo solo intento reconectar conmigo. O, al menos, no desmoronarme más de lo que ya lo estoy.

Deposité el palo. No miré a Claudia. Ni a nadie. Murmuré un “buenas noches” y empecé a caminar. Crucé el círculo bajo las miradas atentas de todos los presentes, con los pies pesados y la sensación de haberme desnudado frente a desconocidos sin haberme quitado la ropa.

La cabaña me recibió con su oscuridad familiar. Entré y me dejé caer sobre la cama sin preocuparme de cambiarme. Cerré los ojos. Y sentí, con rabia, ternura y una punzada de vergüenza, que Claudia tenía la culpa de haber sacado a la superficie algo que llevaba retenido en el pecho. Y suspiré. Porque ella y sus malditas preguntas estaban logrando que este verano, me sirviera de algo.

CAPÍTULO 7

Me he calentado, y no por el agua

10 de agosto de 2025. Era la madrugada en el Camping Legur. El único momento del día en el que no había niños gritando, adultos deambulando o cabras al acecho. Todos dormían. Todos menos yo.

Desde lo de la hoguera, me había convertido en casi transparente. La mayoría me evitaba o me saludaba con una mezcla de respeto y lástima, como si me hubiesen convertido en una especie de chamana urbana en pleno retiro emocional. Me habían bautizado "La Gremlin". Y aunque fingía no darle importancia, me molestaba. En realidad, me sentía como un pez fuera del agua… en medio de un camping excesivamente natural que me recordaba todo lo que llevaba años intentando olvidar.

Así que me refugié en la rutina. En los únicos momentos del día en que no me sentía observada: las ocho de la mañana. Cuando todo el mundo seguía dormido y yo salía de puntillas hacia las duchas comunitarias, con la toalla bajo el brazo, las chanclas puestas y el deseo de pasar desapercibida a la luz del día.

Accedí al edificio de madera, empujé la puerta con suavidad y el vapor caliente me envolvió como una nube densa. Me relajé. Ni siquiera me planteé la razón por la que esa nube caliente me acogió. Avancé hasta mi cabina favorita, dispuesta a meterme bajo el agua antes de que alguien más invadiera mi burbuja. Y entonces la vi. Claudia, bajo uno de los grifos, totalmente desnuda, enjabonándose los brazos mientras el agua se deslizaba por su piel tostada. El vapor la envolvía como una niebla cargada de erotismo y fantasía. Parecía un sueño. O una escena sacada de una película que da vergüenza admitir que ves por las noches.

Me quedé paralizada. No podía apartar la mirada. El jabón resbalaba por sus clavículas. Las gotas corrían por su espalda. Sus curvas. Sus piernas. La calma con la que se movía, como si todo fuese un rito. O un castigo visual para mí.

Intenté apartar la mirada. Lo juro. Pero mi cerebro se bloqueó. Y el calor —no sé si provocado por el vapor, por la ducha o por mis entrañas que se encendieron como un radiador en agosto— me aturdió.

Me mordí el labio. Estaba jodida. Y entonces, como si me hubiera leído la mente, Claudia levantó la cabeza. Me vio y me regaló una sonrisa lenta, como si llevase años aguardando ese instante.

—Buenos días, Gremlin —susurró, con voz ronca por el agua y la madrugada.

Tragué saliva.

—No sabía que había… gente. Ducha. Tú. Tú aquí —balbuceé, sin coordinarme.

Ella alzó una ceja.

—¿Y qué haces ahí parada? ¿Me mirabas?

—¿Yo? ¡No! ¡Perdón! Vine a ducharme.

—Pues esta zona tiene buena vista —añadió, sin ningún pudor, como si estuviéramos tomando café en una terraza y no yo contemplando sus pechos brillando bajo el agua.

—Voy a… me voy. Esto. Perdón.

—¿No vas a ducharte?

—Luego. Cuando no haya… curvas. Digo… gente. CURVAS. ¡¡Joder!! ¡Claudia!

Ella rio. Y ese sonido, maldita sea, se me metió entre las piernas como una descarga eléctrica. Tenía que salir de allí. Ya. Pero mis pies se negaban a moverse.

Entonces, justo cuando creía que iba a explotar de vergüenza, tensión y deseo, la puerta se abrió. Una chica del camping entró silbando y se metió en otra cabina sin captar el desastre sentimental que se desarrollaba.

Aquello fue mi salvación.

Salí disparada como si me persiguieran. Con la cara ardiendo, el cuerpo empapado —ya no sabía si por sudor, vapor o excitación— y la toalla aún seca bajo el brazo.

Corrí hasta mi cabaña. Literalmente. Cuando cerré la puerta, me quedé inmóvil en la oscuridad, respirando como si hubiera corrido una

maratón. Me toqué la cara. Ardía. Me palpé el pecho. Palpitaba. Me senté al borde de la cama, temblando.

—¿Pero qué coño me pasa? —susurré, en voz alta.

No necesitaba respuesta. Ya la sabía. Tenía nombre. Y curvas. Y una sonrisa peligrosa. Y una mirada que me hacía desear cosas que no debía desear. O que sí deseaba, y mucho.

Me tumbe en la cama con la toalla aún en el regazo, el pijama pegado por el calor y el cuerpo más despierto que nunca.

Me había calentado. Y no por el agua.

Intenté respirar despacio como si eso fuera a apagar el volcán que sentía justo donde la razón se rendía. Pero no había lógica en lo que acababa de pasar. Solo imágenes: el agua recorriendo su espalda, el vapor envolviéndola como en un filtro de película erótica, esa forma suya de reírse y sonreír sabiendo lo que provocaba.

Ella había jugado conmigo. Y me había dejado ardiendo. Literalmente.

Cerré los ojos, intentando borrar el recuerdo. Pero no. Ahí estaba. Su silueta. Su voz. Ese maldito «buenos días, Gremlin» con el que había desarmado mi compostura.

Tenía las mejillas encendidas. El pecho aún latiendo con fuerza. Las piernas cruzadas como si con eso pudiera contener el incendio. Y lo peor era que ni siquiera había tocado a Claudia. No había hecho falta.

Me giré de lado, hundí la cara en la almohada y gruñí como un animal enjaulado mientras me contenía.

Y entonces, con el camping aún en silencio y los primeros rayos de sol colándose por la ventana, una frase se instaló en mi mente con voz ronca y acento catalán: »¿No te vas a duchar?»

«Pues no, Claudia. No». Porque en ese instante solo deseaba follar. Y cuando me metí los dedos pensando en ella… la ducha me dejó de importar.

CAPÍTULO 8

De senderismo frustrado

Después de lo ocurrido por la mañana en las duchas, yo estaba decidida a no salir de mi cabaña ni aunque cayera una lluvia de croquetas recién hechas del cielo. No. Ni hablar. Me había masturbado pensando en Claudia y estaba lidiando con una resaca emocional y sexual considerable.

Mi mente era un campo de batalla entre deseo, culpa, rabia y pánico escénico. Ella me había visto. Yo la había visto. Fue un "casi", pero en mi cuerpo se sintió como pleno. Así que mantuve mi exilio voluntario. Reclusión. Cierre perimetral autolimitado.

Pero claro… no contaba con mi madre.

Apareció en la puerta como si fuera la ONU. Golpeó suavemente, abrió sin esperar y me encontró allí, hecha un ovillo en la cama. Con su ternura habitual, sombrero ridículo de paja y una sonrisa capaz de derretir hielo. Salvo a mí, que yo ya me derretía por motivos muy distintos.

—Venga, cariño, que hoy toca senderismo. Ruta sencilla, un paseo para estirar las piernas.

—Estoy perfectamente estirada aquí, gracias —gruñí.

—Joana —insistió, en un tono que mezclaba amenaza y chantaje maternal—. Hazlo por mí.

Y claro, cedí.

Treinta minutos después, allí estaba: en mitad del bosque, rodeada de gente risueña, insectos voladores con instinto asesino y un sol que parecía haber pactado con mis propios demonios para freírme por dentro.

Claudia avanzaba unos metros por delante, marcando el ritmo como guía espiritual de campamento. Su coleta rebotaba con cada paso y sus piernas se movían con una seguridad irritante. Yo, detrás, sudaba, resollaba y mi cerebro revoloteaba entre pensamientos perturbadores:

Claudia enjabonándose los pechos. Claudia enjabonándose entre las piernas. Claudia gimiendo mi nombre.

—Joder —susurré, apretando los dientes.

No vi la piedra. Solo sentí el desequilibrio. El tobillo flojo. La rodilla quejumbrosa. El susto. Y de pronto, dos brazos sólidos me sujetaron justo a tiempo: dos manos firmes en mi cintura. Dos ojos muy cerca de los míos. Eran los de Claudia.

—¿Estás bien? —preguntó, con más suavidad y preocupación de lo que jamás había escuchado en su voz.

—Sí... sí, creo que sí —balbuceé, con el corazón desbocado y su cuerpo contra el mío, como si me hubiera empujado contra un horno.

Estábamos tan cerca que su aliento chocaba contra mi cara; su mano permanecía en mi cintura. Me aferré a su brazo. Entonces ocurrió: el mundo se detuvo. El grupo avanzaba unos pasos por delante; nosotras, inmóviles. Suspendidas.

Íbamos a besarnos.

Lo sentí. Lo sabía. Y justo entonces...

Una abeja. Una maldita abeja surcó ese espacio mágico con su zumbido de "hola, vengo a arruinarlo todo", y me entró el pánico.

—¡AHHHHHHHH! —grité, agitándome como poseída por un espíritu tribal.

La abeja se marchó, pero mi grito hizo su efecto. Todo el grupo se giró en mi dirección. Mi madre también. Y Claudia… retrocedió, sonriendo con labios cerrados como quien reconoce que el encanto se ha esfumado pero aun así queda un poco de humo.

—Perdón... perdón —murmuré, roja como un tomate, mientras me sacudía la mochila con torpeza.

Seguimos. O lo intentamos. Porque cinco pasos después, no sé si fue el karma el destino o el suelo resbaladizo… pero me caí. De culo. Directamente en un charco de barro. Y me quedé ahí sentada, cubierta de fango hasta las bragas, con las manos en el suelo y el orgullo hecho añicos. Mis pantalones eran un poema. Mi dignidad, un chiste.

Claudia se acercó. Me tendió la mano.

—Ahora sí que te va a tocar ducharte —susurró, con esa media sonrisa maldita.

La miré desde abajo. Desde el epicentro de mi humillación. Y aun así, no pude evitar sonreír. Porque sí, llevaba razón. Y, a pesar de todo, me gustaba que fuera ella quien me lo dijera.

—Podrías echarme una mano en lugar de reírte —le dije, teatral y suplicante, con el culo hundido en lodo y la dignidad colgando de una rama.

Se agachó. No para remover el barro, sino para contemplar mejor el destrozo. Su rostro quedó a centímetros del mío; sus ojos destilaban risa contenida.

—¿Sabes lo curioso? —murmuró—. Hay quien paga por estos baños naturales. Dicen que rejuvenecen.

—Estupendo. Me estoy empapando de juventud... y de vergüenza —bufé—. Dos por uno.

—Podría dejarte aquí —añadió, ladeando la cabeza con gesto felino —. O ayudarte. Pero antes tienes que prometerme algo.

—¿Me estás chantajeando en mitad del bosque?

—Llámalo... negociación.

Suspiré y alcé una ceja, aún sentada en el barro, demasiado humillada para negarme.

—¿Qué quieres?

Se mordió el labio, solo un instante, pero suficiente para que un calor familiar volviera a instalarse en la base de mi cuello.

—Que vengas esta noche a la cena grupal. Y que te sientes a mi lado.

La miré, floja de incredulidad.

—¿Eso es todo?

—Eso —insistió, tendiéndome la mano—. Y que no huyas.

Tragué saliva y, muy a mi pesar, deposité mi mano en la suya.

Era cálida. Firme. Como ella.

Me ayudó a incorporarme. El barro se desprendió con un “flop” repugnante del pantalón. Perdí el equilibrio, pero ella me sostuvo. Cuando por fin estuve de pie, cubierta de mierda y con las piernas agarrotadas, me sujetó de los codos un segundo más del necesario.

—No estás tan mal —dijo, sin ironía.

—Gracias —respondí—. Justo lo que toda mujer desea escuchar después de besar el barro con el trasero.

—Te favorece. El marrón.

Le devolví una mirada asesina. Ella rio. Los demás empezaban a avanzar de nuevo, dándonos segundos de margen. Claudia me pasó un pañuelo que sacó de no sé dónde y, con una naturalidad pasmosa, me limpió un poco la cara como si estuviéramos en una película francesa premiada por su minimalismo.

—Voy a tener que volver a la cabaña a cambiarme —protesté, resignada.

—Te acompaño. No vaya a ser que el bosque te devore por completo.

—Si ya lo ha hecho —respondí—. Lo siguiente será que me crezcan raíces.

Claudia me examinó de arriba abajo y, muy bajo:

— No estaría mal echar raíces… contigo.

Y ahí, otra vez, el mundo se detuvo; no respondí. Solo anduve junto a ella en silencio hasta que retomamos el sendero.

Mi madre, al verme, abrió los ojos y su única réplica fue: «Ay, hija… otra vez».

Y yo... apenas pude esbozar una sonrisa. Porque sí, una vez más me había avergonzado delante de todos. Pero entre tanta torpeza algo extraño sucedía.

CAPÍTULO 9

Yo te quito el fango y lo que quieras

El sol caía con fuerza cuando, tras mi gloriosa caída en el barro, Claudia decidió acompañarme de vuelta al camping y dejar que el resto del grupo descansase en un claro. Una parte de mí protestaba por sentirme una diva rescatada, pero la otra—la más primitiva y hormonal, la más estúpida—agradecía cada segundo de ese paseo compartido, aunque llevase barro hasta el ombligo.

Había algo eléctrico entre nosotras. Algo que recorría nuestra piel sin necesidad de contacto. Cada vez que Claudia se acercaba, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, cada vez que el silencio se volvía tan intenso que hablaba por sí mismo… sentía el calor subir desde mis muslos hasta mis mejillas. Y sabía que no era culpa del sol.

Durante todo el trayecto traté de pensar en otra cosa que no fuese ella, pero no había forma. Porque cada vez que intentaba racionalizar, me venía a la mente la imagen de Claudia enjabonándose en la ducha, sensualísima. Y entonces todo se volvía líquido.

—Maldita ducha.

—¿Estás bien? —preguntó mientras caminábamos entre los árboles, con esa voz suya que parecía lija suave.

—Perfectamente —mentí, con la camiseta pegada al cuerpo y el barro seco formando un croquis de mis miserias.

—Pareces un poco… acelerada.

—Tengo barro en lugares donde no debería —solté sin pensar—. Necesito una ducha urgente.

Claudia esbozó una sonrisa contenida. Me miró de reojo y apareció esa sonrisa otra vez. La del primer día. La de las duchas. La de la hoguera. La que podía desarmarme en segundos.

—¿Quieres que te acompañe? —propuso con aparente inocencia.

—No hace falta —respondí, algo más rápido de lo que hubiera deseado—. Estoy bien. Solo quiero quitarme esto de encima —señalé el barro, aunque sabía que mis palabras podían interpretarse de otra manera.

Entonces sucedió. Claudia se detuvo, dio un paso hacia mí y se inclinó apenas. Lo justo para que su voz me llegara solo a mí. Cálida. Susurrante. A fuego lento.

—Si quieres, te ayudo a quitártelo…

Tragué saliva. No supe qué decir. Me quedé paralizada. Y entonces, remató:

—Todo.

Boom.

Mi cerebro explotó. Mi respiración se descontroló. Mis bragas se convirtieron en una piscina olímpica. Y mis rodillas en dos flanes a punto de desparramarse.

La miré. Intenté mantener el tipo frente a esa mirada, pero lo cierto es que me quemaba hasta el cuero cabelludo.

—¿Eso es una indirecta? —balbuceé, sorprendida de mi propia voz.

—Una sugerencia —precisó, sin moverse—. Pero si te incomoda, cierro la boca.

No. No me molestaba. Al contrario: me excitaba. Me abría en canal como una sandía madura.

—No me molesta —confesé, en voz baja—. Me gusta.

No sé cómo acabamos en mi cabaña tan rápido. No recuerdo si fui yo o ella quien abrió la puerta. Solo sé que, cuando la cerré tras nosotras, el aire cambió. Se volvió denso y el silencio dejó de sentirse incómodo para convertirse en algo… expectante.

Me quedé de pie, inmóvil. Claudia me miró y fue acercándose despacio, con delicadeza, para no asustarme. Pero yo ya estaba asustada: de mí, de ella, de lo que pasaría si continuábamos.

—¿Quieres que me vaya? —susurró, con la voz casi rota.

Y en ese momento me rendí.

Negué con la cabeza. No quería que se fuera.

Claudia se acercó aún más. Muy despacio. Posó sus manos en el bajo de mi camiseta sucia. Me buscó con la mirada, pidió permiso. Y lo obtuvo.

Me la quitó con delicadeza, casi como un ritual, como si cada centímetro de piel necesitara su propio segundo de atención. Yo no podía hablar. Ni respirar. Solo sentir.

Cuando la camiseta cayó al suelo, sonrió.

—Barro y lunares. Una combinación curiosa.

—¿No crees que hablas demasiado? —murmuré.

—Y tú te quejas demasiado.

—Cállame.

Y lo hizo. Pero no con palabras.

Claudia se inclinó y atrapó mis labios con los suyos, como si llevase días —meses, vidas— esperando ese instante. Su beso fue firme, cargado de hambre. Con decisión. Y yo… me derretí.

Su boca tenía un sabor tibio y dulce, como de fruta madura al sol. Me besaba con seguridad, como si me conociera. Como si cada gesto suyo abriera una grieta en mis defensas.

Sus manos se posaron en mis caderas con firmeza indiscutible. Me empujó despacio hacia atrás, hasta que mis piernas toparon con el borde de la cama. Me dejé caer, respirando entrecortada, el corazón galopando como un caballo desbocado.

—Relájate —susurró, con los ojos encendidos—. Yo me encargo.

Sus dedos localizaron el botón de mis pantalones. Uno. Luego el otro. Los desabrochó con una lentitud exasperante. No fue una caricia, fue una tortura. Y cuando cayeron al suelo, me contempló.

—Era cierto lo del barro… —musitó con una sonrisa ladeada mientras deslizaba con destreza mis bragas empapadas hasta dejarlas caer—. Aunque no estás mojada por eso.

Se arrodilló ante mí. Sus dedos, largos y seguros, acariciaron mis muslos, ascendiendo con paciencia, provocando fuego en mi piel. Sus labios volvieron a encontrarse con los míos, suaves, lentos, saboreándome.

Y entonces... descendió.

Su boca bajó por mi cuello, mezclando besos y mordiscos suaves. El aire se volvió más denso, más cargado de una electricidad que no deseaba

controlar. Mis manos se aferraron a las sábanas como si fueran salvavidas, mientras ella se tomaba su tiempo.

Sus labios, su lengua, su aliento... su risa suave cada vez que mi cuerpo se tensaba ante cada caricia o cada gemido involuntario. Sus dedos se deslizaron dentro de mí, vibrando, profundizando, follándome con una intensidad exquisita.

—Mírame —ordenó con voz queda—. Quiero verte cuando te corras.

La miré. No pude apartar la mirada. Sus ojos me atraparon, me sujetaron, me desnudaron más que cualquier gesto físico. Porque estaba al borde. Porque Claudia era fuego. Era ritmo. Era una locura de la que ya no quería escapar.

Y cuando lo hizo... el orgasmo me consumió en mil pedazos.

Un gemido profundo me escapó. Me arqueé. Cerré los ojos. Sentí cómo mi cuerpo se desbordaba y se reconstruía en una versión nueva, más ligera, mejor.

—Joder... Claudia —jadeé, aún temblando.

Y entonces... abrí los ojos. Me topé con el vacío, el silencio, la oscuridad.

Estaba sola. La cama, tan revuelta como la había dejado. Llevaba los pantalones puestos. Las bragas desaparecidas. Y el barro seco en mis muslos. La puerta cerrada.

Claudia no había estado allí. Nunca había estado. Me cubrí la cara con las manos.

—No puede ser… —susurré, con el corazón desbocado y el cuerpo en llamas.

Me lo había imaginado todo. Pero, joder, había sido mejor que cualquier vivencia real de los últimos años.

Me reí en voz baja. Avergonzada. Frustrada. Excitada. Perdida.

—Estoy perdiendo la cabeza —murmuré—. Y ahora sí necesito mear... y esa ducha, por supuesto.

Y aunque ansiaba que aquello hubiese sido real, una parte de mí, la más débil, más asustada, se alegraba de que no lo hubiera sido. Porque si Claudia se lanzaba a mí de esa manera... no sé si saldría entera de esa guerra.

CAPÍTULO 10

El vapor de las duchas

Había acabado otra vez en la ducha. Otra vez mojada y otra vez por haberme masturbado pensando en Claudia. Soñando despierta, con los pantalones llenos de barro.

Me sentía idiota, intensa, peligrosa. Como si una serpiente invisible me hubiera mordido y ahora tuviera el veneno corriendo por mis venas, empapándome desde dentro.

Agarré una toalla limpia, un cambio de ropa y me dirigí a las duchas con paso firme. Con determinación. Como si pudiera arrancarme el deseo de la piel con agua caliente. Como si pudiera arrancar a Claudia de entre mis piernas a base de jabón. «¡Qué ilusa!»

El barracón de las duchas estaba vacío. Entré, colgué la toalla, me desnudé sin pensarlo y me refugié bajo el chorro sin esperar a que templase el agua. Necesitaba frío. Furia. Algo que me devolviera el control.

En segundos, el vapor lo envolvió todo. Subió por las paredes, se condensó en el cristal empañado de las mamparas. Cerré los ojos, respiré hondo y me dejé caer contra los azulejos. Necesitaba que el agua me calmara, y esta empezó a golpearme los hombros, los pechos, los muslos… Y entonces lo sentí. O mejor dicho, la sentí.

Abrí los ojos y allí estaba ella. De pie, desnuda, con el vapor danzando a su alrededor como si formase parte de su aura magnética. Apoyada en la pared de enfrente, en silencio, observándome.

El corazón me dio un vuelco.

—Vale —exclamé en voz alta, y me reí—. Tiene que haberme picado algo. Una víbora o un bicho de esos desconocidos, porque ya es la segunda vez que tengo una fantasía contigo… y me estoy cansando.

—Soy real, Joana —respondió Claudia, con voz ronca y divertida—. No soy una alucinación.

Algo tembló dentro de mí, pero fue tan intenso que me puso los pezones duros y aceleró mi pulso.

—¿Desde cuándo estás ahí?

—Desde que te desnudaste —contestó, acercándose paso a paso, sin prisa—. ¿Así que has fantaseado conmigo?

La boca se me secó. El cuerpo, no. Me quedé en silencio. Sí, porque no sabía mentir. Porque estaba demasiado empapada por dentro como para fingir otra cosa.

No dije nada. Extendí la mano, tomé la suya y la atraje hasta mí. Coloqué su palma abierta entre mis piernas, contra mi sexo palpitante, húmedo, sensible. Ella captó el mensaje sin una palabra.

Se inclinó. Sus labios me besaron primero el bajo vientre, luego el muslo. Y después me lamió, directa, profunda, cálida. Yo grité de alivio.

Su lengua ya me conocía. Dibujaba caminos entre los pliegues más sensibles de mi cuerpo, me abría, me tomaba, me bebía. Yo me aferraba a su pelo, a sus hombros, a mi propio equilibrio.

Claudia me devoró y yo la dejé.

Me abrió con los dedos y me degustó con su boca, sin miedo, sin pausa. Me follaba con fuerza hasta dejarme sin aliento. Me arqueé, gemí su nombre, la imploré sin orgullo. Y cuando sentí que el orgasmo me atravesaba como un rayo, ella se incorporó. Me giró, me acorraló contra la pared de azulejos y me folló con los dedos.

Entró en mí con ritmo, con hambre, con fuego. Y yo me dejé llevar.

La pared temblaba. Yo temblaba. Ella jadeaba junto a mi cuello mientras su mano libre apretaba mis pechos, los frotaba con adoración animal. Hasta que me corrí otra vez. Más fuerte. Más alto. Más hondo. Más real.

Cuando por fin me giré, cuando le agarré la cara y la besé como si el aire no importara, supe que era mi turno. No me contuve.

La empujé contra el cristal empañado y besé cada curva de su cuerpo. La mordí en el cuello, en los pezones, en el vientre. Metí la mano entre sus piernas y la encontré igual que yo: húmeda, hambrienta, lista.

La follé como había querido desde el primer día. Le hice gemir, retorcerse. Y nos corrimos, pegadas, empapadas, con el agua cayendo como

si el mundo necesitase tapar el incendio entre nosotras.

Nos miramos. Desnudas. Exhaustas. No dijimos nada. No hacía falta.

Volví a besarla. No con ternura. Con hambre. Con rabia. Con esa urgencia que desata lo más primario cuando el cuerpo tiembla pero pasa de detenerse.

Ella me giró con brusquedad hasta clavar mis mejillas en el cristal empañado. Más resbaladiza, pero me sujetó por las caderas, clavó las uñas en mi piel mojada.

No opuse resistencia. Al contrario. Me abrió las piernas, buscó mi mirada y me encendí más.

—¿No has tenido bastante? —susurré, jadeando, con voz ronca.

—No he terminado contigo —contestó.

Se inclinó y me mordió el cuello justo donde sabía que me dejaría marca. Gemí, ronca e impaciente. Instaló verbalmente su mano en mi pecho, apretándolo. La otra mano bajó entre mis piernas. Encontró mi sexo de nuevo. Vibrando, pulsando, dispuesto.

Me folló con los dedos otra vez, sin compasión, sin límites.

Apoyé la cabeza contra su hombro. Ella se aferró a mí, como si mi cuerpo le diese vida.

—Así —jadeé—. Más.

Obedeció. Introdujo otro dedo. Apretó con más firmeza. Su cuerpo se pegó al mío. Su pecho rozó mi espalda y su lengua lamía mi cuello dejando marcas.

Alcancé su sexo y la escuché soltar un quejido, un “joder”, y ese suspiro dilató mis pupilas y me hizo perder la noción de todo.

Yo contra sus dedos, ella contra los míos. Y cuando llegamos al orgasmo. Lo hicimos juntas. Nos corrimos con un grito seco. Con el cuerpo entero sacudido. Con las piernas aflojándose.

Me sujetó del cuello y me besó con esa misma fuerza que nos había hecho correrno. Con lengua, con dientes, con deseo. No había ternura. No hubo cuidado. Solo carne. Solo sexo. Solo puto deseo devorándonos.

Y entonces, cuando ya nada quedaba por gemir y el agua seguía cayendo, caliente, Claudia me miró, se lamió los labios y murmuró:

—Ahora sí estás limpia.

Y yo solté una risita rota. Cansada, temblorosa, sacudida, satisfecha. Pero sin pronunciar palabra. Porque esto no era amor. Era hambre. Y nos acabábamos de devorar la una a la otra.

CAPÍTULO 11

¿Cómo disimulo que me pone tan caliente como las brasas?

No sabía cuánto había pasado desde que Claudia y yo salimos de las duchas. Minutos, horas… ¿años? No tenía ni idea. Solo sabía que me había quedado en mi cabaña, con el pelo húmedo, la ropa limpia pegada a un cuerpo que seguía vibrando, y la mente convertida en un campo minado lleno de pensamientos turbios y preguntas que no quería hacerme.

Claudia regresó con el grupo. La vi desde la ventana, caminando tan tranquila, con esa manera suya de moverse como si acabara de bañarse en el mar y no de dejarme temblando con la lengua, los dedos… y el resto de su cuerpo. Sonreía, saludaba a la gente, como si yo no estuviera desmoronándome por dentro.

Yo, por mi parte, mordía la almohada. Literalmente.

—¿Pero qué has hecho, Joana? —me reproché por décima vez—. ¿Qué demonios has hecho?

Aquello no había sido un beso robado, ni un simple tonteo. Habíamos follado como dos animales, en las dichosas duchas del camping. Donde la gente se baña. Donde están los niños. Y yo… no susurré, ni gemí con decoro. No. Grité como si Claudia me estuviera exorcizando.

Me tapé la cara con ambas manos y bufé.

No podía verla todavía. Necesitaba un detox mental, un taller de meditación de tres días, un retiro en silencio… Cualquier cosa. Pero mi cerebro, ese traidor, me recordó lo que había prometido: asistir a la cena grupal esa misma noche y sentarme a su lado.

—Mierda.

Me levanté de la cama como si fuera al matadero y me dispuse a arreglarme. Me puse un vestido suelto, sin sujetador —mis pezones no estaban preparados para roce alguno— y me maquillé. Si iba a sentarme junto a la mujer que me había hecho correrme contra la pared, debía rebajar de algún modo el calor que me provocaría su cercanía.

Salí de la cabaña con el corazón a mil pulsaciones. El cielo ya se teñía de negro. Las mesas estaban dispuestas en círculo, guirnaldas de luces colgaban entre los árboles, los platos se esparcían por todas partes y flotaba ese aroma a barbacoa improvisada que a Claudia le encantaba.

La encontré sentada con una cerveza en mano, las piernas cruzadas, hablando y riendo como si nada. Como si yo no me estuviera derritiendo por dentro a su lado.

—Relájate —me susurré—. Solo tienes que fingir que no te mueres por follártela encima de una mesa.

«Claro, fácil.»

La vi levantar la cabeza. Me vio. Sonrió. Y mi coño se activó como si tuviera sensores.

Me acerqué dando pasos forzadamente lentos, intentando parecer natural. Claudia se hizo a un lado para dejarme espacio. Me senté, crucé las piernas, coloqué la servilleta en el regazo y recé para que nadie nos hablara.

—Has venido —musitó en mi oído.

—Te lo prometí. Y yo cumplo mis promesas.

Estaba demasiado cerca. Su muslo rozaba el mío y su rodilla también; ese roce casual y mínimo iba cargado de electricidad.

—¿Cómo estás? —inquirió.

—Muy bien —mentí—. Perfectamente bien. Tranquila. En absoluto alterada.

Claudia arqueó una ceja.

—¿Segura?

—No tengo ni idea de cómo disimular que me pones tan caliente como las brasas que acaban de encender —confesé entre dientes—. Así que si esta noche me ves con cara rara... ya sabes por qué.

Ella rio, bajo y cerca, y ese sonido volvió a encenderme.

—A mí tampoco se me da muy bien disimular —contestó—. Pero podemos intentarlo, ¿no te parece?

Cogí una copa de vino blanco y me la bebí de un trago. Necesitaba refrescarme por dentro y por fuera. Ella me observaba de reojo, mientras sus dedos trazaban círculos en el vaso. Imaginé esos mismos dedos en mi

cuerpo, como hacía horas, moviéndose entre mis piernas hasta enterrarse en mí con la fuerza de una tormenta.

No había sentimientos entre nosotras, aún no. Solo deseo. Un deseo tan intenso, tan presente, tan cabrón… que dolía.

No sabía qué ocurriría al final de la velada. Si nos volveríamos a besar. Si volvería a gemir su nombre. Si era un simple juego de verano o algo más. Pero lo tenía claro: la quería de nuevo. Y no pensaba disimularlo.

Y no lo era la única, porque de pronto noté su mano deslizarse por mi vestido, despacio, como un gesto inocente —casi casual— pero no lo fue, ya que sus dedos no se detuvieron.

Descendieron lentamente por mi muslo. Delicados, obstinados. Mi cuerpo se tensó como si accionaran un resorte. Ella hablaba con la gente, reía, prestaba atención a su alrededor mientras yo no oía nada. Solo sentía su tacto, su calor, su descaro... y la mirada fija que me lanzaba de reojo, disfrutando al ver que no podía controlar la respiración.

Deslicé mis manos hacia el regazo para simular que ajustaba la servilleta. Pero realmente… abrí aún más las piernas e hice a un lado mis bragas. Como si con ese gesto suplicara que continuara sin que nadie lo notara.

—¿Te gusta? —susurró.

—Sí —respondí, casi sin voz.

Sus dedos se internaron, rozando mi piel húmeda, más allá del borde de las bragas. Solté un suspiro. Lo cubrí con otro trago de vino. Tenía las mejillas en llamas. Y algo más.

Claudia observaba, exploraba, insinuaba, en silencio.

Su dedo índice se acercó más, alcanzando —al fin— lo inevitable.

—Sigues igual de húmeda —murmuró, tan bajo que dudé si lo había dicho en voz alta o si mi cabeza lo había fabricado para torturarme.

Apreté los labios con fuerza, conteniendo un gemido traicionero que me subía por la garganta como una ola furiosa.

—Es por tu culpa —susurré, con voz temblorosa, intentando parecer digna mientras me derretía por dentro.

Ella sonrió con esa mezcla perfecta de arrogancia y ternura que tanto me descolocaba. Sus dedos, sin prisas, comenzaron a moverse. Apenas un

roce, casi imperceptible, pero cargado de intención. Me acariciaba como si conociera cada milímetro de mi cuerpo, cada uno de mis nervios.

Sentí que me ardía la piel. Las piernas me temblaban, el vino me sabía a gasolina, y el mundo, ese en el que todos reían, hablaban y comían, empezó a alejarse como un eco lejano. Solo existía ella. Su mano. Yo.

Estaba al borde del abismo, dispuesta a caer.

Y entonces, como si supiera exactamente cuándo detenerse para desesperarme aún más, retiró la mano. Cogió un trozo de pan de la fuente del centro de la mesa y se lo llevó a la boca. Masticó con tranquilidad, bebiendo un sorbo de cerveza, como si nada. Como si no llevara mi humedad todavía brillando en la yema de los dedos.

La observé, atónita. Incapaz de fingir normalidad. La deseaba de nuevo. Más aún que antes. Como si no me bastara una vez, ni cien.

Ella giró la cabeza hacia mí y me sostuvo la mirada. Me la sostuvo de verdad. No fue una mirada fugaz ni un simple juego. Fue una invasión. Un asalto directo al centro de mi deseo.

Llevó la servilleta a los labios, pero sus ojos no se apartaron de los míos. Se limpió despacio, con una precisión que rozaba lo obsceno. Como si limpiara no el pan, sino los restos de mí.

Me incliné ligeramente hacia ella, sin pensarlo.

—Eres cruel —susurré.

Ella se encogió de hombros.

—Solo me divierto un poco —contestó con suavidad, como si eso lo justificara todo—. Además, pareces disfrutarlo más de lo que estás dispuesta a admitir.

Tenía razón.

—Estás jugando con fuego —añadí, volviendo a beber, esta vez sin disimular el temblor en mis dedos.

—Y tú ardes a gusto —replicó.

Sus palabras me atravesaron con la misma precisión con la que me había tocado antes. Me encendían. Me dolían. Me fascinaban.

Su mano volvió a mi muslo, esta vez sin avanzar. Solo reposó ahí, tranquila, dueña de un territorio que ya había conquistado. Y ese gesto —

mínimo, silencioso, invisible para el resto— me hizo sentir más suya que todos los orgasmos juntos.

Porque Claudia no solo me ponía como una llama viva.

Me tenía. Entera. Y lo sabía.

CAPÍTULO 12

Colándose entre mis piernas

Lo que había comenzado como una cena grupal, con lucecitas, risas y una barbacoa compartida, acabó transformándose en una especie de terapia colectiva con cervezas, confesiones inesperadas y… masturbación bajo la mesa.

Sí. Masturbación. Bajo. La. Mesa. En plena charla sobre aceitunas, gluten e intolerancias digestivas. Y, por absurdo que suene, eso no fue lo más sorprendente de la noche.

Mientras Claudia me frotaba con sus dedos el clítoris —disimuladamente, pero sin pausa—, yo me dedicaba a ahogar los gemidos en el borde de mi copa de vino. Me escondía en la servilleta, tratando de mantener la compostura mientras el placer me hacía flaquear las piernas y el resto del mundo lo pasaba en grande.

Vi a mi madre reír a carcajadas cuando Nacho, el cuidador de las cabras, imitó a sus animales con efectos sonoros incluidos. A Lulú bailando con Dani, el emo del camping, como si fueran los protagonistas de una comedia indie. Y a mi cuñado haciendo una coleta a Vero, la jubilada rockera, mientras los niños se perseguían con globos de agua. El caos más bonito jamás visto.

Y yo… Yo terminé con el pulso acelerado, las piernas vibrando, y una sonrisa que no sabía si era de nervios, de vértigo, de puro placer o de frustración. Seguramente, de todo un poco.

Sí, me lo estaba pasando bien. Más que bien. Pero cuando las voces fueron apagándose y el grupo empezó a despedirse, me acerqué a mi madre, le di un beso en la mejilla y me alejé.

Me dirigí hacia la cabaña con los pies arrastrándose, el cuerpo rendido y la cabeza aún flotando en la nube densa de lo que acababa de pasar. Necesitaba una cama. Descansar. Desconectar. Creía que lo necesitaba.

Abrí la puerta con desgana, lista para tirarme encima del colchón vestida, sin más. Pero me detuve en seco.

Una vela encendida sobre la mesita iluminaba tenuemente la habitación, y una figura femenina, sentada en mi cama, me observaba en silencio. Tenía las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y una sonrisa que desafiaba cualquier intento de reproche.

—¡¿Pero qué…?! Me has dado un susto de muerte —solté, llevándome una mano al pecho como si tuviera noventa años y la tensión disparada.

—Hola, Gremlin —dijo Claudia, sin inmutarse—. ¿Siempre reaccionas así ante una sorpresa romántica?

—¿Romántica? ¿Colarte en la cabaña de alguien con una vela encendida, a oscuras, es tu idea de romanticismo? —inquirí, aún alterada—. ¿Acostumbras a colarte en las habitaciones de todo el mundo?

—Solo en las que sé que soy bienvenida —se incorporó despacio, con la seguridad de quien no necesita pedir permiso—. Y deseada.

No tuve palabras. Porque lo era. Bienvenida. Y deseada. Tan deseada que todo mi cuerpo reaccionó al verla erguida frente a mí. Su voz, su figura, su presencia… eran la promesa de algo inevitable.

No dije nada. Porque ya no hacía falta.

Se acercó. Me besó sin pedirlo. Con la lengua, con los dientes, con las manos en mis mejillas como si quisiera fundirse conmigo. Y yo me aferré a ella con la misma desesperación. Como si temiera que, si me soltaba, lo nuestro se disolviera.

Me desnudó con rapidez, sin titubeos. Me empujó sobre la cama con una familiaridad inquietante. Como si llevara años haciéndolo. Como si supiera exactamente por dónde empezar a desarmarme.

Me abrió las piernas. Se deslizó entre ellas con una naturalidad aplastante. Y entonces me comió. Sin pausa. Sin censura. Con la lengua entera. Con la boca abierta. Con una necesidad que me atravesó por completo.

Sus gemidos sordos, mezclados con el sonido húmedo de su boca contra mí, se convirtieron en una sinfonía que me hizo perder la cabeza. Me agarraba con fuerza por las caderas. Me inmovilizaba. Me lamía.

Grité su nombre, sin pudor. Me arqueé. Y justo cuando creí que no podría soportar más, me incorporó, me giró y me sentó sobre sus muslos.

—Muévete —me ordenó con la voz ronca.

Y me moví.

La monté con todo lo que tenía dentro. Como si el mundo se acabara en esa cabaña. Como si el verano entero se concentrara en ese instante.

Sus dedos me penetraban con firmeza. Su pulgar presionaba mi clítoris con maestría. Lamía mi pecho, me mordía los pezones, me bebía el sudor de la piel. Me sostenía cuando me venía abajo. Y cuando intenté devolverle el placer, cuando mis manos la buscaron con ansia, me corrí sin remedio, con los dientes hundidos en su hombro y su orgasmo acompañando al mío.

No sé si fueron dos veces. O tres. Quizá más. Perdí la cuenta. Perdí la lógica. Me perdí en ella.

Y al final, cuando el aire volvió a nuestros pulmones y la realidad se abrió paso entre la penumbra, caímos juntas. Empapadas. Exhaustas. Silenciosas.

Solo respirábamos.

No hubo declaraciones. No hicieron falta.

Claudia se quedó abrazada a mí, una pierna sobre mis muslos, la mano aún apoyada en mi vientre. Y entonces lo supe. Lo comprendí. Aquello que había entre nosotras no era solo lujuria. Era algo más visceral. Más profundo. Una fusión animal entre deseo, pertenencia y un vínculo que empezaba a saberme demasiado real.

Y por primera vez, sin miedo, lo pensé: quería a Claudia colándose entre mis piernas el resto del verano.

Y, quizá, un poco más allá.

CAPÍTULO 13

Tres días después

Habían pasado tres días. Tres. Desde que Claudia me desnudó el alma, el cuerpo y el coño (en ese orden, más o menos) en mi propia cabaña. Desde que cabalgué sobre sus dedos, sobre sus ganas, sobre su boca. Desde que nos rendimos al deseo como dos fieras hambrientas en una jungla hecha de mosquiteras y paredes de madera.

Y, sin embargo, allí seguía yo. Oliendo a ella. O al menos eso me parecía. Había algo de su piel, de su aliento, que se me había quedado impregnado. Como si me hubiese tatuado el cuello con saliva. Cada vez que me duchaba, sentía el agua resbalarme como lo hacían sus dedos. Cada vez que me vestía, el roce de la ropa me recordaba el apretón de sus manos en mis caderas.

Claudia me folló como si intuyera que yo no necesitaba nada más en la vida que eso. Y yo me dejé. Me ofrecí. Me rendí. Y ahora… ahora tenía un problema de los gordos. Porque mi cuerpo la reclamaba otra vez, con esa urgencia tan suya, y mi cabeza no sabía cómo gestionar todo aquello.

Desde aquella noche, no habíamos intercambiado más que un par de miradas. De esas que te paralizan. De las que te dejan las bragas incómodamente húmedas durante horas. Ninguna palabra. Ningún gesto. Solo silencio. Y una tensión latente que se podía cortar con un cuchillo de postre.

Mientras tanto, el camping continuaba su curso como si nada. Una especie de colonia de verano infinita, con niños hiperactivos y adultos que sonreían como si no supieran que el mundo era un lugar hostil. Las actividades no paraban: yoga al amanecer, juegos absurdos, talleres de cosas que no me interesaban. Pero yo solo quería desaparecer. Que nadie me arrastrara a otra dinámica grupal. Que me dejasen de mirar como si fuese rara. *El Gremlin*.

Mi madre, pobre, hacía lo que podía para incluirme en todo, como si temiera que me sintiera excluida. Me traía café cuando me escondía y me

dejaba las tazas en el poyete de la ventana, como quien alimenta a un gato esquivo. Pero, por dentro, seguía siendo la misma urbanita desencajada. Con algo más de polvo en la piel, sí. Pero igual de desubicada.

Y lo peor de todo era que no era la misma desde lo de Claudia. No es que me hubiese transformado la vida, pero algo se había movido dentro. Un clic. Un «ay, coño» profundo. Literalmente profundo.

Aquella mañana, mientras el camping entero parecía una estampa sacada de un anuncio de verano —niños chapoteando, adultos dormitando bajo el sol, las chicharras chillando como si cobraran por decibelio—, decidí escaparme. Me puse las gafas de sol, llené una botella de agua y salí a caminar. Sin rumbo. Solo quería respirar.

Me adentré entre los árboles. Lo justo para perder de vista las cabañas las risas, el ruido. Para envolverme en el olor del bosque: pino, tierra seca, ese aire denso del agosto mediterráneo que se te pega como el sudor. Estaba a punto de entrar por un sendero estrecho cuando escuché mi nombre.

—Joana.

Me giré. Y allí estaba Claudia. Apoyada en una roca, sonriente, descarada. Bella hasta la rabia.

—¿Te vas sin despedirte?

—Solo quería caminar un rato —respondí, como si mis pulsaciones no se hubieran disparado al verla.

Dio un par de pasos hacia mí. Lentos. Sutiles. Como si marcara el ritmo de algo inevitable.

—Entonces ven conmigo.

—¿A dónde?

—Sígueme y lo sabrás.

Y, como una imbécil reincidente, la seguí.

Porque mi cuerpo siempre iba por delante del sentido común. Y Claudia... sabía cómo llevarme donde quería.

El sendero que escogió no era difícil, pero sí incómodo para mis zapatillas y mi falta total de espíritu explorador. Aun así, no me quejé. La seguí sin rechistar. Respirando agitada, más por el calor que por el esfuerzo. O eso me repetía, mientras mis ojos se perdían en sus piernas, en la curva de su espalda, en el movimiento hipnótico de su cintura.

—¿Vas a secuestrarme? —bromeé, para romper la tensión. O para no perder la cabeza.

Se giró con una ceja arqueada y una sonrisa lenta.

—No. ¿Te gustaría?

—Depende del plan.

—El plan incluye sombra, silencio… y que no tengas que hablar con nadie durante un buen rato.

—Suena a fantasía.

—No es una fantasía, Joana —dijo, volviendo a girarse—. Es un espacio seguro.

Esa expresión se me clavó. «Espacio seguro». Como si lo necesitara. Como si ella supiera que andaba perdida desde que su boca me convirtió en otra cosa.

Llegamos a un claro. Pequeño, escondido, rodeado de árboles altos que tamizaban la luz. El suelo estaba cubierto de hojas secas, y el aire parecía suspenderse en una calma rara. Como si el mundo quedara lejos. Demasiado lejos.

Claudia se sentó en el suelo y me hizo un gesto para que la acompañara.

—¿Y aquí qué hacemos? ¿Meditamos?

—Aquí respiras. Y dejas de pensar.

La miré. Esa forma suya de estar presente en todo, como si conociera el guion por adelantado. Como si yo fuera solo una escena que esperaba suceder. Y mientras tanto, yo seguía hecha un caos: el cuerpo encendido, la cabeza confusa, el deseo agazapado bajo la piel.

Me senté. Crucé los brazos. Me quité las gafas.

—¿Y tú? ¿Vienes mucho aquí?

—Siempre que necesito parar. O escapar.

—¿Escapar de qué?

—A veces… de mí.

Esa confesión me desarmó. Era breve. Sincera. Cargada de peso. Porque me sonó demasiado cercana. Demasiado mía.

—Entonces sí. Hemos venido al lugar correcto.

Guardamos silencio. No uno incómodo, sino de esos que te permiten escucharte por dentro.

La observé. Seguía tan guapa que molestaba. El moño despeinado, la piel brillante por el sol, las piernas cruzadas como si estuviera posando sin querer. Y esa sonrisa… torcida, cómplice, como si supiera que yo me derretía cada vez que la miraba.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin apartar la vista de mí.

—Nada —mentí.

—Mientes de pena.

—Bueno, en este momento estoy peleando conmigo misma para no imaginarte con la cabeza entre mis piernas.

Se echó a reír. No con estruendo. Con esa risa que se te mete bajo la piel y se queda.

—No tienes que resistirte. No todavía.

—¿Ah, no?

—No. Porque no he terminado contigo.

Otra vez ese calor repentino. Esa sacudida. Esa frase que me recorría por dentro como un trueno suave.

—¿No te cansas nunca?

—De ti, no.

Cerré los ojos. Porque si no lo hacía, iba a lanzarme sobre ella. Y no era el lugar. Ni el momento. O sí. Joder, ¿cómo se sabía eso?

—Joana —dijo en voz baja—, hay cosas que no necesitan entenderse. Solo sentirse.

Abrí los ojos. Me miraba con seriedad. Con esa mezcla de deseo y algo más. Algo peligroso. Algo que no era solo físico.

Y sentí miedo. Porque yo había venido a este camping a celebrar el cumpleaños de mi madre. No a perder la cabeza. Ni a quedarme atrapada en el cuerpo —y la mente— de una mujer que olía a libertad.

Pero ya era tarde y lo sabía.

La forma en la que Claudia me miraba. La forma en la que me hacía sentir. El deseo. La adicción. El vértigo. No eran solo cosas del cuerpo. Me

levanté despacio. Me acerqué a ella gateando a cuatro patas y me quedé ahí, tan cerca que podía olerla.

—Quiero más —susurré.

No hizo falta aclarar a qué me refería.

Ella sonrió.

Se levantó.

Y en silencio, volvimos a caminar.

CAPÍTULO 14

La cabañita a la intemperie

No tenía ni idea de adónde íbamos, pero Claudia sí. Eso quedó claro desde el primer paso. Caminaba con esa determinación suya, con ese estilo tan propio de moverse como si lo controlase todo: el camping, el sendero, el rumbo exacto de mis pensamientos, la humedad entre mis piernas. Todo.

Y yo la seguía como una idiota. Una idiota empapada y excitada.

Porque ese era el problema —¿o tal vez la maravilla?—: mi cuerpo ya no obedecía a la lógica. Bastaba que ella se girase, se recogiese el pelo o apretase la mandíbula, para que mi ropa interior se transformara en un pantano de deseo. Un pantano minúsculo, sí. Pero fértil. Bastante fértil.

Nos alejamos del bullicio del camping, de las risas de fondo, del chillido lejano de los niños en la piscina y del claro donde habíamos estado antes. Nos adentramos por un sendero que parecía olvidado incluso por los mapas. Raíces sobresalientes, ramas que crujían bajo los pies, esa luz filtrada entre los árboles que parecía sacada de una película que sabías que iba a terminar con cuerpos desnudos y jadeos al aire libre.

Y entonces la vi.

Una cabaña. Pequeña, de madera envejecida. Inclinada hacia un lado como si arrastrara años de intemperie. Rodeada de árboles tan altos y espesos que no sabías si aún era de día o si te habías colado en una versión erótica de un cuento de los hermanos Grimm. Hansel y Gretel, pero sin pan, sin bruja y con muchas más ganas de follar.

Mi coño reaccionó como un radiador encendido en pleno diciembre.

—¿Qué es esto? —pregunté, con la voz un poco tensa.

—Una cabaña forestal —respondió ella, como si estuviera presentando un lugar turístico—. Del camping. Oficialmente, está en desuso. Extraoficialmente... es mía.

Sacó unas llaves del bolsillo del pantalón. Lenta. Segura. Criminalmente sexy. Las introdujo en la cerradura, giró con decisión y la

puerta se abrió con un chirrido largo y glorioso.

Entramos. Y no, no era un nido de ratas ni un escenario de película de terror. Era cálida. Con una chimenea pequeña, una cama grande y vestida, una cocina mínima pero ordenada, estanterías de madera, ventanas limpias. Y lo mejor: ni rastro de mosquitos.

—Ahora en serio... ¿piensas secuestrarme?

Claudia no respondió con palabras. Lo hizo con su boca, sobre mi cuello.

Su lengua recorrió el lateral con precisión. Su aliento, caliente, me hizo aferrarme a su camiseta como si no conociera el significado de equilibrio. Y sus manos... maldita sea, sus manos ya estaban dentro de mis mallas, que resultaron ser bastante menos resistentes de lo que yo pensaba.

—¿Tienes energía suficiente para soportarme durante dos días? —me susurró al oído.

Dos días. Dos días enteros. Mi cuerpo respondió antes que yo. Un sí rotundo vibró entre mis piernas.

—¿Qué necesitas? —le pregunté, con los labios ya fundidos con los suyos.

—Solo que no te vayas.

Y no me fui. Ni loca me habría ido.

Me empujó hacia la cama. Me tumbó sin ceremonias, como quien sabe que el deseo no necesita florituras. Me quitó la camiseta. Mordió mis pezones a través del sujetador. Los lamió. Me lo arrancó de un tirón tan hábil que me dio miedo y morbo a partes iguales.

Bajó por mi cuerpo como si lo conociera al milímetro. Como si me hubiera estudiado cada noche desde una distancia invisible.

Me arrancó las mallas. Y yo abrí las piernas sin pensarlo.

—Estás... —murmuró con una exhalación reverente.

—¿Te sorprende?

—Me excita.

Y se deslizó entre mis muslos. Me devoró como si llevara tres días recordando mi sabor. Me lamía con rabia y ritmo. Me follaba con la lengua, con los labios, con cada centímetro de su rostro. Me hizo gritar antes de poder contar hasta diez. Pero no se detuvo. Ni pensó en hacerlo.

Me tuvo abierta, húmeda, entregada. Suplicando. Me sujetaba las piernas, impidiéndome moverme, haciéndome recibirlo todo. Su lengua invadía cada pliegue, sus labios succionaban con una precisión casi cruel. De vez en cuando, levantaba la cabeza y me miraba. Sonreía. Sabía que me tenía a su merced. Y yo también.

—Estás tan jodidamente deliciosa —murmuró con la boca llena de mí.

Y volvió a comérmelo, más duro. Más rápido. Más sucio. Chasqueaba, chupaba, lamía con fuerza. Me sentía desbordada, rota, mojada hasta el alma. Me hizo estallar de nuevo, y cuando me corrí, le apreté la cara entre las piernas y me dejé ir, deshecha en gemidos.

Pero no había acabado.

Se desnudó. Con esa calma suya que era puro veneno. Se quitó la ropa como si estuviera sola. Como si yo no estuviera temblando de deseo frente a ella. Como si no me hubiera dejado ya sin fuerzas.

—Ven —me pidió, tendiéndome la mano.

Y fui.

Me monté sobre ella con las piernas aún débiles y me senté sobre su vientre. Sentí su piel caliente bajo la mía, sus pechos contra los míos, su cuerpo húmedo entre mis muslos. Me moví apenas un poco y me empaló con los dedos. Dos. Luego tres. Sin avisos. Sin pausas. Yo ya estaba lista. Más que lista.

Y cabalgué.

Fuerte. Sin miedo. Sin freno.

Mis caderas golpeaban contra su mano, mi clítoris rozaba su palma en cada vaivén, mis pechos rebotaban contra los suyos, mi boca se llenaba de jadeos entrecortados.

—Más —pedí.

Y me lo dio.

Me agarró el culo con la otra mano. Me sostuvo. Me guió. Me folló con los dedos desde abajo, sin dejar de mirarme. Estudiaba cada expresión, cada espasmo, cada vez que perdía el ritmo porque el placer me hacía trizas.

—Estás preciosa así —murmuró con voz ronca—. Abierta. Sucia. Tan jodidamente mía.

Aquella frase me desarmó.

Me incliné sobre ella, sin aliento, y su boca atrapó mis pechos como si de verdad tuviera hambre. Los lamió, los chupó, los mordió. Me dejó marcas. Me dejó sin respiración. Me dejó sin cabeza.

Me corrí de nuevo. Gritando. Vibrando. Deshecha.

Pero no me dejó apartarme.

Me mantuvo encima. Encajó sus piernas para atrapar una de las mías entre las suyas y comenzó a frotarse. Con descaro. Con urgencia. Y yo, aún jadeante, moví la pierna con ritmo lento, acariciándola con los dedos, acompañando sus movimientos.

Se arqueó. Se vino. Con un gemido ronco, intenso, un susurro rabioso que enterró entre mis pechos.

Nos quedamos así. Pegadas. Sudadas. Exhaustas. Mojadas. Respirando como si el mundo se hubiese quedado en pausa.

—Tenemos todo el tiempo —murmuró, acariciándome el pelo con la mano que aún olía a mí.

Y yo pensé, aún temblando, sin voz:

Ojalá me aguante el cuerpo.

Y el alma.

Porque esto era mucho más que sexo. Y aún no quería admitirlo.

CAPÍTULO 15

El subidón y el bajón

Quedamos exhaustas. Literalmente rendidas. Caímos ambas en la cama como si hubiéramos corrido una maratón desnudas y sin aliento. El corazón me latía a mil, y mi cuerpo... bueno, mi cuerpo estaba magullado, sensible y más vivo que nunca. Donde antes sentía un vacío, ahora ardía una hoguera.

El fogonazo nos dejó temblorosas. En medio de la cabaña, entre sábanas revueltas y el eco lejano del viento entre los árboles, nos contemplamos. Nos olimos. Nos rozamos. Era algo mágico, salvaje... y volátil, como el verano que nos envolvía.

Ese subidón inicial, ese orgasmo brutal —o varios— nos había unido sin necesidad de palabras. Pero después llegó el bajón. De repente, me vi a mí misma, con la piel aún erizada entre las piernas, el pelo pegado a la cara, sintiéndome tan expuesta... tan frágil. No sabía qué decir. No sabía cómo continuar.

Y sentí miedo. Había entregado lo que nunca antes había ofrecido. Y ahora, ¿qué?

Sabía que, por simple sentido común —o por temor—, debíamos mantener un límite. Un límite que evitase que todo se desmoronara. Pero el problema era que ya lo habíamos cruzado. Sentía que Claudia lo sabía todo de mí: el sabor de mi sexo, la forma en que pronunciaba su nombre entre jadeos, el calor que me recorrió entera. Literalmente, conocía hasta el lunar más íntimo de mi piel.

La miré a los ojos. Estaba tumbada junto a mí, inmóvil. Su pecho subía y bajaba con lentitud. Su respiración marcaba el ritmo de mi propio pulso. Vi cómo la curiosidad asomaba en su mirada. Y temí que rompiera el silencio con palabras, que intentara normalizar lo que acabábamos de hacer. Porque hablar... hablar lo arruinaba todo. Mi madre me lo había repetido mil veces. Pero, aun así, hablé.

—¿Qué se supone que es todo esto? —pregunté con voz temblorosa, pero firme.

Ella me observó en silencio, sin moverse. El aire pareció tensarse a nuestro alrededor. Entonces, con calma absoluta, se incorporó. Se puso las bragas. Cogió la camiseta del suelo —sin sujetador, por cierto— y se dirigió hacia la pequeña nevera del rincón.

Se sirvió un vaso de agua con hielo. Bebió despacio, en silencio. Como si habitáramos dentro de una burbuja cargada de incertidumbre. Hasta que por fin respondió:

—¿Nunca te han dicho que el verano es para divertirse?

Sonó fácil. Ligero. Como si hablara de polos de limón. Como si lo que acababa de suceder no hubiese sido un tsunami de emociones, entrega y deseo. Y por eso me escoció. Me desgarró por dentro. Sentí cómo esa punzada se propagaba: desde la garganta, por la espalda baja, hasta el clítoris, donde aún persistía el cosquilleo de su lengua. Algo en mi interior se pudría.

—¿Diversión? —repetí, bajando la voz—. Si lo que buscas es "diversión", cómprate un puto vibrador.

Lo solté sin pensar. Sin filtros. Con el corazón encogido. Con la rabia al borde del hervor.

Claudia dejó el vaso sobre la mesilla con un golpe seco. Me miró en silencio. No se defendió. No replicó. Solo permaneció allí, como si mis palabras no la hubiesen afectado. Pero en el fondo... sabía que sí.

Y yo... me levanté sin pensarlo. Cogí mis cosas a medias, sin preocuparme de colocarme bien la ropa, y salí de la cabaña con las manos temblorosas y un nudo en la garganta.

Yo y el temblor reciente. Yo y el deseo aún indómito. Yo y unas lágrimas que me negaba a dejar escapar.

No sabía a dónde dirigirme, pero necesitaba aire. Necesitaba cualquier cosa que no implicase estar cerca de Claudia. La naturaleza, de pronto, se me antojó una burla. El verde me agobiaba. El olor a tierra me oprimía. Quería asfalto, cláxones, bares con servilletas de papel para hacer flores de papiroflexia. Quería algo que no me recordase a ella. Pero estaba en todas partes. En cada rincón. En cada maldito suspiro.

Bajé por el sendero como si algo me persiguiera. Como si pudiera dejar atrás lo que acababa de suceder. Pero el problema era que lo llevaba

dentro. El cosquilleo entre las piernas persistía como una burla cruel de un cuerpo que no comprendía que aquello había terminado.

Porque sí, había terminado. ¿No?

Aquella frase suya, tan ligera, tan banal —"el verano es para divertirse"— fue una puñalada envuelta en filosofía de camping. Me alcanzó de lleno. Porque, claro, para ella todo era eso: simple. Ligero. Controlable.

Pero para mí, no.

Yo me desnudé más de lo previsto. No solo el cuerpo. También esa parte que suelo esconder tras las respuestas sarcásticas y el control calculado. Esa parte que gritaba mientras ella me hacía suya, que se deshacía en sus manos, que se sentía a salvo entre sus labios.

Y ahora, ¿qué?

Había sido sexo. De acuerdo. Brutal. Intenso. Imborrable. Pero para mí fue más que eso.

Y ese "más" era justo lo que no sabía cómo manejar.

Llegué al camping. Las voces, las risas, el jolgorio de los niños corriendo con pistolas de agua me golpearon como una bofetada. Me puse las gafas de sol. No quería ver a nadie. Ni que me vieran. Porque probablemente tenía cara de haber sido poseída y abandonada por una ninfa del bosque.

Pasé junto a la piscina como un espectro. Nadie me dijo nada. Lo agradecí. Caminé directamente a mi cabaña. Cerré la puerta tras de mí y me dejé caer en la cama.

El colchón chirrió. Volvió el silencio. Y entonces, por fin, solté el aire.

No lloré. Tampoco grité. Solo permanecí inmóvil, con los ojos cerrados, intentando recordar el momento exacto en que dejé de protegerme. Porque ese era el problema. Lo hice. Y Claudia... no tomó lo que yo le ofrecía. Tomó lo que quiso. Y ya está.

Y, aun así, eso no era lo peor. Lo peor era que la deseaba otra vez. Lo peor era que, con toda esa rabia, con toda esa decepción, seguía queriéndola. Y eso sí que no podía frenarlo.

CAPÍTULO 16

La culpable de mis dolores de cabeza

Habían pasado horas desde que salí disparada de aquella cabañita del bosque, y desde entonces, ni rastro de Claudia. Ni una nota con un «Oye, te has dejado las bragas» —porque me las dejé—. Nada. Y lo peor era que tampoco había hablado con nadie más. Ni con mi madre. Ni siquiera con Dani, que solía pasar por delante de mi cabaña con esa cara de adolescente sufrido.

No. Me había encerrado. Literalmente. Con las luces apagadas, el móvil en silencio, el ordenador desconectado, y yo, enfundada en una camiseta y las bragas más tristes que me había traído a este viaje, dando vueltas como una peonza mental entre pensamientos contradictorios. Uno de ellos —el más temerario— me empujaba a salir corriendo para rogarle a Claudia que me volviera a follar hasta olvidar incluso el sentido del orgullo. El otro —más rencoroso y con peor genio— me instaba a quedarme allí, sin volver a mirarla jamás. Que no merecía ni una sílaba mía.

Y ahí estaba. Haciendo terapia conmigo misma. Argumentando, rebatiendo, debatiendo... con una tensión entre las piernas que en absoluto ayudaba a mantener la cabeza fría.

Hasta que alguien llamó a la puerta.

Toque insistente. Tres golpecitos seguidos. El inconfundible ritmo de alguien que, inexplicablemente, aún disfruta de la vida. Y lo supe de inmediato: Lulú.

Me hice la muerta. Pero, cómo no, la muy pesada volvió a llamar.

—¡Joana! ¿Estás viva? ¿Estás ahí? Abre, venga. ¡No me obligues a sacar la ganzúa!

Solté un suspiro. Largo. De esos que hacen las madres cuando el niño se ha comido el pegamento por tercera vez.

Me levanté, caminé hasta la puerta y la abrí sin dignidad alguna. Con el moño medio caído, las ojeras al aire y la expresión de «¿Qué quieres de

mí, criatura del caos?».

Lulú, por supuesto, entró como si la cabaña le perteneciera.

—Vale, estás viva. ¡Menos mal! Porque mamá ya ha elegido la tarta y tienes que ver qué horror. ¡Y además tengo los regalos listos! ¡Ah, y necesito tu ayuda con la decoración! ¡Y...!

—¡Basta! —grité.

La interrumpí con un tono que incluso a mí me sorprendió.

Se quedó clavada en el sitio, con los globos en la mano y cara de «¿Qué coño te pasa, drama queen?».

—Odio este camping, ¿vale? —solté, alzando las manos—. Odio haber venido, odio haberme dejado convencer, odio tener que fingir que me lo estoy pasando en grande cuando lo único que quiero es volver a casa, meterme en la cama con aire acondicionado y comer algo decente.

Lulú me observó en silencio, pero yo no había terminado.

—¡Y odio a Claudia! —añadí, completamente desbordada—. ¡Odio su forma de hablar! ¡Odio esa sonrisa de medio lado! ¡Odio sus malditas duchas! ¡Y odio cómo folla!

Silencio. Un silencio denso. Aplastante.

Lulú me miró con una ceja levantada, los globos se le resbalaron de la mano y estos flotaron hasta el techo de la cabaña.

—¿Cómo que su forma de follar?

Ups. Se me había escapado. O no. Tal vez necesitaba soltarlo.

Cerré los ojos, tragué saliva y me cubrí la cara con ambas manos.

—¿Te estás tirando a la encargada del camping?

No respondí. ¿Para qué? ¿Para explicarle que no era que me la estuviera tirando, sino que ya me la había tirado… más de una vez, en más de una postura, soltando más de un grito y todos los fluidos posibles? ¿Para contarle que me había mordido los pezones como si fueran cerezas maduras y que, en lugar de decir “basta”, le pedí “más”? ¿Que me corrí en su cara, en su mano, sobre su cuerpo?

No. Eso no se dice. Ni siquiera a tu hermana.

—Jo —susurró Lulú, y por primera vez no hablaba desde su entusiasmo habitual, sino desde un lugar distinto. Más suave. Más íntimo

—. ¿Eso es real?

Asentí. Sin orgullo. Sin una pizca de humor.

Entonces se sentó en el borde de la cama, se olvidó de todas las razones por las que había venido a buscarme y me miró.

—¿Sientes algo por ella?

No respondí. Y ese silencio bastó como afirmación rotunda.

—Joder, Jo…

«Joder sin parar es lo que he hecho yo», pensé.

—Y claro, ya no puedes fingir que no importa —continuó, intentando encajar las piezas del rompecabezas—. Porque si solo hubiera sido sexo, no estarías encerrada como una adolescente con el corazón hecho trizas. Estarías tomándote un café, con cara de «me han follado de maravilla» y sin llorar por dentro.

Me dejé caer a su lado, en la cama, derrumbada como un castillo de arena tras la marea. Con las manos en el pelo, la respiración descompasada. No sabía si ponerme a gritar o echarme a reír. O las dos cosas. O desaparecer sin dejar rastro.

—Me voy a ir —confesé, como si admitiera un crimen.

—¿Cómo que te vas?

—Después del cumpleaños de mamá me vuelvo a Zaragoza. Ya está decidido.

—¿Qué...? ¿Pero qué dices? ¿Y por qué?

—Porque no puedo más, Lulú —repliqué, alzando un poco la voz—. Porque esto me sobrepasa. Porque vine creyendo que podría aguantar unos días en este infierno y he acabado metida en la cama de una mujer que me ha desmontado el cuerpo y la cabeza. Porque pensaba que solo era atracción. Un polvo. Algo que se quedaba entre las piernas. Pero no. Me está desbordando.

Lulú me observaba con una mezcla de asombro y ternura. Como si, de pronto, viera una versión mía que desconocía por completo.

—Y Claudia… —continué— puede seguir divirtiéndose con quien quiera. Yo ya tuve suficiente.

—¿Te ha hecho daño?

—No —respondí, tras pensarlo un instante—. Lo peor es que no. No me ha prometido nada. No me ha mentido. Solo fue sincera. Y eso… eso me ha dolido aún más. Porque yo quería que me mintiera. Que me dijera que le importo. Que esto iba a alguna parte. Que no era solo un polvo de verano.

Lulú suspiró, me cogió la mano. E hizo algo insólito: no me soltó un discurso de hermana mayor, ni me dijo "haz lo que sientas". Simplemente, me escuchó.

—¿Tú quieres irte… o solo quieres que pare?

—¿El qué?

—Esto. Este caos emocional en el que estás metida. Porque no es lo mismo querer marcharte que necesitar una pausa. No tomes una decisión por orgullo, Jo.

La miré. Aquella versión suya, tan centrada, tan madura, me desconcertó aún más que Claudia.

—¿Y si le importo una mierda? —murmuré.

—Entonces será una idiota con muy mala suerte. Porque si no sabe ver lo que vale una mujer como tú, la que pierde es ella.

Casi me reí.

—¿Te has tomado algo? ¿Una pastillita con extra de autoestima o algo así?

—Solo sé que no te he visto nunca tan viva como desde que llegamos. Tan rabiosa, sí, pero también tan… tú.

Y entonces, sin quererlo, las lágrimas brotaron.

No por Claudia. Por mí. Por lo que había abierto. Por lo que no sabía cómo cerrar.

Lulú me abrazó. Y yo, por primera vez en días, permití que alguien me sostuviera sin resistencias. Porque lo jodido no era haberme acostado con Claudia.

Lo jodido era que su actitud me había dolido. Y mucho.

CAPÍTULO 17

¿Y esa quién es?

Llevaba dos días encerrada en mi cabaña, sobreviviendo a base de café aguado, galletas rancias y esa obsesión que me ardía en el centro del pecho. Una obsesión con nombre propio: Claudia. O, si me permitía ser más dramática, la cabrona que me folló como nadie y luego me trató como un pasatiempo estival.

Me había jurado no volver a verla. Ni buscarla con la mirada. Ni preguntarle nada. Nada. Cero. Redirigí toda mi energía hacia el portátil, los documentos, cualquier cosa que tuviera que ver con el trabajo. Me aferré a eso como a un salvavidas emocional. Y, durante un rato, funcionó.

Hasta que llegó mi madre y llamó a la puerta.

—¡Joana! —dijo desde el otro lado, con ese tono inquebrantablemente alegre que solo una madre puede mantener aunque sepa que estás hecha pedazos por dentro—. ¡Vamos a hacer una ruta en bici! ¡Toda la familia! ¡Va a ser divertidísimo!

—Prefiero que me atropelle un ciervo —repliqué desde la cama.

Pero insistió. Y como soy débil, o masoquista, o simplemente su hija, acabé diciendo que sí. Total, ¿qué era lo peor que podía ocurrir? ¿Caerme de la bici? ¿Deshidratarme? ¿Cruzarme con Claudia? En teoría, nada grave. Pero en la práctica… fue peor.

Todo el mundo estaba exultante en el punto de encuentro. Mi madre, con unos leggins color coral que ofendían a la vista. Lulú, con una riñonera en la que parecía caber un camping entero. Mis sobrinos, con sus cascos puestos y actitud de pequeños profesionales. Yo, con gafas de sol y una expresión que gritaba «no quiero estar aquí». Y mi cuñado, como siempre, en su propio universo.

Y entonces la vi.

Claudia apareció como si nada. Con ese maldito andar relajado. Su camiseta blanca. Esa sonrisa suya de «todo está en su sitio». Pero no venía

sola. Llegaba acompañada de una mujer. Alta. Guapa. Pelo corto, del tipo que solo favorece si tienes los pómulos de un ángel renacentista. Deportiva. Tranquila. Con pinta de escalar montañas y hacerlo bien. Claudia reía con ella, le rozaba el brazo, se dejaba acariciar con la mirada. La miraba de ESA manera.

—¿Y esa quién es? —pregunté con voz afilada, envuelta en falsa curiosidad.

Lulú me miró. Sonrió, cómo no.

—Ah, es Idoia. La ex de Claudia.

—¿La qué?

—Sí, se conocieron aquí hace un par de veranos. Fue algo intenso, creo. Aunque acabaron algo mal... Pero mira, parece que han hecho las paces.

No dije nada. Pero por dentro todo ardía. Respiré hondo. Me subí a la bici. Me convencí de que no me afectaba. Que era una adulta funcional, madura, con su vida en orden. Que si Claudia quería dejarse manosear por la Power Ranger esa, adelante.

Comenzó la ruta y yo me lancé como una posesa, dándole a los pedales con la rabia de quien entrena para los Juegos Olímpicos del despecho. Solo interrumpía el pedaleo para mirar de reojo a Claudia e Idoia, que iban unas bicis detrás, charlando. Riendo. Compartiendo oxígeno. Y algo más.

«No te importa, no te importa, no te importa», repetía mentalmente como un mantra desesperado.

Hasta que una piedra se cruzó en mi camino, en una curva mal tomada, y me fui cuesta abajo. De culo. De lado. Dando vueltas como una pelota rebotando en cámara lenta.

La caída fue aparatosa, pero el daño físico menor… Lo que sí quedó destrozado —una vez más— fue mi orgullo.

Escuché pasos que se acercaban deprisa. Voces. Y entre todas, la suya. Claudia apareció corriendo, me escaneó con la mirada de arriba abajo buscando huesos rotos —como si el corazón no contara— y suspiró al ver que estaba entera.

—¿Te duele algo?

La miré. Me ardía la cara. De vergüenza, de rabia, de todo.

—Tranquila. Estoy perfectamente. Solo estoy ensayando mi caída para cuando me den el Goya.

No se rio. Me tocó el tobillo con delicadeza, después el brazo. Me aparté de inmediato, como si me quemara.

—No hace falta que te preocupes. Esto no tiene importancia. Vuelve con tu ex, seguro que te necesita más que yo.

Fue cruel. Lo sé. Pero me salió del alma y sin filtro. Como todo lo que llevaba días remoliéndose por dentro.

Claudia soltó un suspiro.

—Joana...

—Te he dicho que no pasa nada. Solo ha sido una caída. No hace falta dramatizar. Vuelve con el grupo. En serio.

Me incorporé como pude. Con la bici medio torcida, la dignidad por los suelos y el corazón... ese ya ni lo notaba. No sabía si me dolía más el tobillo, el orgullo o el hecho de que Claudia no dijera nada más. Ni una palabra. Ni una aclaración. Nada. Y eso lo decía todo.

Me alejé, arrastrando la bici como si pesara una tonelada. El grupo se había detenido más adelante. Lulú me miraba con cara de «¿ahora qué ha pasado?», y mi madre agitaba una botella de agua como si con eso pudiera arreglar algo.

Pero no me acerqué. Me senté en una piedra al borde del camino. Dejé la bici tirada como quien abandona una guerra perdida. Apoyé los codos en las rodillas y me cubrí el rostro con las manos. Y ahí se me vino todo abajo. La rabia. El aguante. La fachada.

No lloré. No me quedaban lágrimas. Pero el nudo en el estómago seguía ahí, apretando como una soga.

Sentí pasos acercándose, pero no levanté la vista.

—No me hagas esto —dijo ella.

Su voz sonó baja. Tensa. Ni dulce ni distante. Solo... contenida.

—¿Hacerte qué? —pregunté sin mirarla—. ¿Estar hecha polvo por dentro? ¿Molestarme por ver cómo te ríes con tu ex mientras intento no venirme abajo?

—Joana...

—No digas mi nombre así. No lo endulces.

Silencio.

—No estoy con Idoia —dijo al fin—. Vino a traerme unos papeles del camping. Nada más. Le propuse quedarse a comer por cortesía. No nos odiamos, aunque tengamos historia.

—¿Y pretendías que lo adivinase por telepatía?

—No —respondió—. Esperaba que fueses lo suficientemente adulta como para no armarme un drama por esto —-añadió—. Eso y que confiaras un poco.

Ahí sí la miré. Le clavé la mirada, aunque doliera. Porque seguía siendo guapísima, incluso en ese momento. O quizá precisamente por eso.

—¿Confiar en qué? ¿En alguien que me folla y luego me suelta que solo quiere "divertirse"? ¿En alguien que desaparece durante dos días y vuelve tan campante con su ex? ¿En eso?

Sus labios se movieron apenas, como si fuese a decir algo, pero no saliera.

—No sabía que toda esta situación te estaba haciendo daño.

—Pues lo hace. Y no sé qué es peor, si que no lo notaras o que te diera igual.

Retrocedió un paso. Como si le hubieran dado una bofetada.

—No me das igual —murmuró.

Cerré los ojos. No quería seguir. No quería verla más.

—Pues has llegado tarde. Porque tú a mí sí me importas.

Me levanté. Cojeé un poco y me obligué a respirar.

—Joana, espera...

—No.

Y me fui. Porque, aunque dolía, aunque el pecho me ardiera y el alma me temblara, lo único que tenía claro era que no podía seguir cayendo.

No por ella. No otra vez.

CAPÍTULO 18

Ella siempre ha sido así, un alma libre

Cojeaba. El tobillo me recordaba a cada paso lo que había ocurrido esa mañana. No era un dolor insoportable, pero sí lo bastante molesto como para obligarme a caminar con cautela. Lo único peor que el malestar físico era el caos emocional que me abrasaba por dentro. No había dejado de darle vueltas a todo. Y con "todo" me refería a Claudia e Idoia, a Idoia y Claudia. Revueltas. Demasiado juntas.

Tenía hambre. Mucha. Y la idea de quedarme encerrada ya no me apetecía. La comida ejercía sobre mí un poder de atracción superior: carne churruscándose al carbón, embutido crepitando sobre la brasa, humo que evocaba recuerdos de lo que pasó entre Claudia y yo tras aquella caída en la piscina. Así que, con el tobillo vendado y arrastrando ligeramente el pie, salí de la cabaña y me dirigí hacia la zona de las barbacoas.

El ambiente olía a brasa y a familia, y por un momento —un brevísimo instante mágico— conseguí vaciar la mente. Me senté en un banco junto a mi hermana y mi madre. Lulú me ofreció pan recién tostado, mi cuñado me pasó un plato, y yo mordí un generoso trozo de chorizo intentando poner cara de alguien feliz. O, al menos, de alguien que lo intenta.

Fue entonces cuando la vi. Idoia emergió entre los comensales, con esa presencia firme y elegante que hacía que todo lo demás se desdibujara a su paso. Avanzó hacia mí con paso decidido, sin desviar la mirada hacia nadie más. Se plantó frente a mí y sonrió como si nos conociéramos de toda la vida.

—Hola, Joana —dijo con voz suave—. ¿Podemos hablar?

Tragué saliva. Y tragué chorizo.

—¿Para qué? ¿Vas a contarme tu historia versión especial coleccionista?

No iba a permitirle que viniera con trucos de ex encantadora y empática.

—Solo quiero ayudarte —insistió, cruzándose de brazos—. No pretendo incomodarte ni interrumpir nada. Simplemente... creo que necesitas saber que Claudia no es lo que tú crees.

Solté una carcajada breve, incrédula.

—¿En serio? ¿Y por qué hablas con tanta seguridad? ¿Acaso te dejó tan jodida como a mí? ¿Te echó de su vida como a un juguete roto de verano?

Idoia asintió con lentitud.

—Sí. Hace dos veranos. Estuvimos juntas cinco meses. Intensos, preciosos. Nos acostamos en cada rincón del camping. Hasta que… se acabó.

Me crucé de brazos. Cerré el cuerpo. Levanté muros.

—Me resulta familiar. Qué sorpresa.

Ella no se echó atrás. Volvió a la carga.

—Claudia siempre ha sido así, Joana. Un alma libre. De las que aman sin prometer, que te entregan el universo... hasta que ya no queda nada más que darte.

—¿Y me cuentas esto por…?

—Porque me quedó claro que siente algo por ti.

Mis ojos se clavaron en los suyos, desafiantes.

—¿Sí? ¿Te lo dijo ella o es otra de tus intuiciones místicas?

—Me confesó que esta confundida. Que contigo esta viviendo algo real. Algo que no esperaba.

Por dentro sentí cómo se derrumbaba lo poco que aún me sostenía. Por fuera, solo pensé: «Estupendo, ahora todos lo saben menos yo».

—Perfecto —murmuré—. ¿Y qué derecho crees que tienes tú a venir a advertirme sobre ella?

Idoia soltó una risilla breve, cargada de ironía.

—Solo quiero que sepas que, si esto se rompe, no será por tu culpa. Será por su forma tan jodidamente complicada de amar —dijo, con una sonrisa ladeada—. Si decides quedarte, tendrás que seguirle el ritmo. Es como el agua: te envuelve... y de pronto se escurre. Claudia te lo da todo,

pero luego se aleja. Vuelve. Te busca. Y cuando te das cuenta de lo que ha ocurrido, eres tú la que está llorando.

Abrí el cierre de la chaqueta con furia. Estaba empapada en sudor, aunque no hacía calor. O sí. Ya no lo sabía. Ni siquiera recordaba cómo me llamaba.

—Será mejor que te vayas. Gracias por arruinarme la cena.

Idoia sonrió antes de marcharse. Lo hizo con una serenidad que me encendió aún más. Como si creyera que acababa de darme un consejo sabio. Como si no acabara de soltarme una bomba emocional disfrazada de advertencia benevolente.

Y me quedé ahí. Con el plato a medio terminar. Con los brazos cruzados y la mirada fija en las brasas, como si entre las chispas pudiera encontrar alguna respuesta.

Mi cabeza giraba más rápido que las aspas de un helicóptero averiado. A punto de desplomarse. De estrellarse. No pude seguir comiendo. Tenía la lengua seca. El sabor a ceniza en la boca no era metáfora. Literalmente, todo me sabía a humo.

Comprendí que la verdadera caída no fue la de esta mañana. Fue Claudia. Con su manera de amar sin amarras, con sus huidas, con esos abrazos tan completos como fugaces. Y comprendí también que yo seguía aquí, con un agujero en el pecho que ni el embutido más sabroso del mundo podía llenar.

Sentí las lágrimas acumularse bajo los párpados, pero no las dejé salir. Me tragué el nudo. Me lo empujé hacia abajo a base de saliva, de orgullo y de esa tensión que se instala en la mandíbula cuando uno se esfuerza por no romperse. Me concentré en masticar aire. Pero ni eso sirvió de distracción.

Porque sabía que, si alguien me preguntaba si estaba bien, iba a desmoronarme.

Así que hice lo único que siempre se me había dado bien desde que entré en la adultez: escapar.

Me levanté despacio, arrastrando el tobillo dolorido y con la espalda tan rígida que parecía de piedra. Lulú me vio desde otra mesa, intentó incorporarse, pero la detuve con una mirada que decía claramente: «ni se te ocurra, hermana». Y me marché. Sin decir palabra. Sin mirar atrás.

Regresé a mi cabaña cojeando, con el sabor metálico de la decepción en la boca. No era solo lo de Claudia. Ni solo lo de Idoia. Era todo. Era esa sensación de que, por mucho que intentara encajar, siempre había algo —o alguien— dispuesto a recordarme que ese no era mi sitio.

Me tumbé en la cama sin quitarme la ropa. Me cubrí con la manta como si eso fuera a protegerme de mis propios pensamientos. Pero era inútil. Porque, aunque Idoia me hubiese jodido el día, no todo lo que dijo sonaba a mentira. Y eso lo sabía. Lo sabía de sobra.

Y aún así, quería volver a ver a Claudia. Esa sonrisa condenada. Deseaba que me follase como si el mundo estuviera a punto de desintegrarse. Soñaba con esa parte suya que, aunque escapara, siempre parecía encontrar el camino de regreso a mí.

«¿Y si volvía? ¿Y si me decía que se había equivocado? ¿Y si, esta vez...?»

Suspiré.

Una parte de mí aún quería creer. La otra solo ansiaba dormir y olvidar.

Pero sabía que tampoco iba a pasar.

CAPÍTULO 19

Entre las sombras oscuras de la noche

No tenía ni idea de la hora que era. Solo sé que me desperté en mitad de la noche, envuelta en las mantas, ajena al frío, pero no al caos que me quemaba dentro. El corazón aún latía con una fuerza de huracán. No había soñado nada. Ni pesadillas, ni fantasías. Solo un vacío envolvente, como si esas horas de descanso me hubieran salvado temporalmente de mis propios sentimientos.

Afuera todo el mundo dormía. Las cabañas guardaban silencio, iluminadas únicamente por una o dos linternas que parpadeaban al ritmo de algún teléfono. La piscina y las barbacoas estaban en calma, invitando al descanso.

Me giré y dejé que la luz de la luna bañara mis piernas. Entonces, sentí una presencia junto a la cama. Ahí estaba ella: Claudia.

Se quedó de pie, mirándome, como tantas veces antes. Me restregué los ojos, pensando que era un sueño, pero no. Era real. Aquella mirada delicada e intensa me atravesó y deseé que se marchara y, a la vez, que se quedara. Deseé sentir indiferencia... pero ya tenía demasiadas emociones acumuladas por ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con más frialdad de lo habitual.

Respiró hondo, escurrió las sábanas y se sentó al borde de la cama.

—No podía dormir. Pensé que tú tampoco —empezó—. Pero cuando llegué…

Me encogí. El tobillo me dolía con cada leve movimiento.

—Tengo la conciencia tranquila. No tengo razón para estar despierta —contesté con voz cortante.

Claudia me observó y yo a ella. ¿Estaba perdiendo la cabeza? Quizás, pero no iba a permitir que jugara conmigo. No quería prolongar esta tortura innecesariamente.

—Necesitaba verte y…

—Tengo que contarte algo —tomé impulso—. Hablé con Idoia hace unas horas. Me contó cosas sobre vosotras. Creo que quería abrirme los ojos. Porque no puedo quedarme aquí ni un día más.

—¿Cómo?

—Mañana es el cumpleaños de mi madre. Después volveré a casa —dije casi mecánica—. Es lo mejor para las dos.

La garganta se me apretó. Claudia me miró, en silencio, y su mutismo sacó de mí la verdad que tenía contenida.

—Me dolió verte con ella. Me escoció que tu ex apareciera y contara cómo disfrutó contigo en cada esquina del camping. Y lo que más me costó aceptar es que hiciste conmigo las mismas cosas que con ella.

—No sé lo que te ha dicho Idoia, pero no es cierto.

Busqué fuerza en mi voz.

—Mañana me voy, tras la celebración. No puedo seguir siendo un puto rollo de verano con que tú disfrutas y catalogas de "es solo diversión". Porque para mí, no lo ha sido.

El silencio que siguió fue más pesado que mis palabras. Claudia permaneció inmóvil y, al cabo de unos segundos, se incorporó.

—No quiero que te vayas. Pero si es tu decisión… no te lo impediré.

Las lágrimas asomaron, pero tuve fuerza suficiente para retenerlas.

—Antes de irme, tienes que saber que no eres eso para mí. Que me importas, aunque no se me da bien expresarlo.

Mi mundo interior se agitó. Rabia, orgullo y amor estallaron en un torbellino que me mareó. Entonces hice lo que siempre hago cuando el vértigo emocional me invade: cerré los ojos y respiré.

—A veces se pierden muchas cosas por ser incapaz de no atraparlas a tiempo —susurré—. Buenas noches, Claudia.

No respondí a su confesión, aunque podría haberlo hecho. Me deslicé por la cama, me cubrí con la manta y le di la espalda, como si eso me protegiera de todo. Ella permaneció en silencio junto a la puerta. Cuando escuché el clic de la cerradura, me cubrí la cabeza y empecé a llorar.

El silencio tras su marcha llenó un hueco dentro de mí, uno de esos que resuena al respirar profundo. Un vacío imposible de llenar con sueño,

rabia o reproches. Un vacío que solo deja alguien que tocó una parte de ti que creías irremplazable.

Me giré en la cama, incómoda incluso bajo las sábanas. El calor dejado por su cuerpo, apenas rozó el colchón, aún flotaba, o lo imaginaba. Ya no distinguía la realidad de mi deseo de retroceder, de deshacerlo todo, de quedarme en ese instante justo antes de decir que me iba.

Porque en el fondo, no quería marcharme. Anhelaba que me lo pidiera. Que dijera: «Quédate conmigo, aunque no sepa lo que estoy haciendo, aunque tenga miedo, aunque te decepcione».

Pero no lo hizo.

Y yo tampoco lo pedí.

Así que aquí estaba yo. Sola. Fingiendo dormir. Convenciéndome de que la decisión estaba tomada, de que no había más dolor, de que todo formaba parte del plan.

Me pasé las manos por la cara, el cuello, el pecho. Inútilmente. Mi piel recordaba su tacto. Mis poros la reconocían. Todo mi cuerpo la reclamaba como el aire en una habitación cerrada.

Sentí la urgencia de levantarme y buscarla, pero no lo hice. Eso habría sido entregarme, y no iba a darlo todo sin recibir absolutamente nada.

De pronto, estábamos en guerra. Yo tratando de protegerme de un corazón roto, ella intentando convencerme de que confiara en la intensidad de lo vivido estas semanas.

La noche avanzó. Afuera, el camping dormía en paz. Dentro de mí, un incendio se negaba a apagarse. No pude dormir. Al menos no lo que necesitaba. Solo me mantuve con los ojos cerrados con la esperanza de que el amanecer trajera respuestas… o, al menos, algo parecido a la anestesia.

Lo que llegara primero.

CAPÍTULO 20

El último día en el infierno verde

Probablemente suene dramático, pero me convencí de que ese día sería —sin paliativos— mi último en ese infierno verde llamado Camping Legur. «Si uno se despide, mejor hacerlo con estilo», pensé. Así que, sintiendo aún el dolor insistente del tobillo, me apresuré a salir de la cabaña y me dirigí a la fiesta que Lulú había montado en la zona de las barbacoas.

La decoración tenía una dedicación obsesiva: globos que se alzaban con gracia, guirnaldas colgando de cada poste, manteles vibrantes, platos de papel veraniegos… hasta alguna piña con sombrillita como centro de mesa. La música era suave —nada de reguetón—, evocando un toque nostálgico de playa. La comida tenía mimo: carne, ensalada, aperitivos, pastel y helado. Lulú estaba radiante, con una diadema infantil de cumpleaños, y convocaba a todos como si organizara un equipo de fútbol en una final.

Dentro de mí, mi yo nostálgica sentía pinchazos en el pecho. Era la tercera vez en mi vida que cerraba un capítulo así. Mi instinto urbanita me empujaba a huir, pero otra parte quería quedarse a ver la cara de mi madre soplando la vela. Quería celebrarlo con ella.

El aire olía a brasa y flores silvestres, mezclado con risas y charlas. Intenté forzar una sonrisa sincera, aunque "sonreír" me resultaba más difícil que beber directamente del grifo. Comencé por una cerveza fría —por suerte helada— y luego me lancé sobre una empanada casera de atún que me devolvió a la infancia. En serio, mejor que las de mi madre.

Mientras saboreaba el instante, me di cuenta de algo: Claudia no había aparecido. Esa ausencia no me tranquilizaba; me devoraba. Al principio lo agradecí —no tener que evitarla todo el día— pero después mi ego reaccionó: "Quizá se ha ido ella primero". No sabía si eso aliviaba o me inquietaba.

Miré hacia los árboles, esperando verla aparecer en cualquier momento, pero el tiempo pasaba y ella no llegaba.

Me acerqué a mi madre, aparentando serenidad, y le pasé la mano por el hombro.

—Hoy lo vamos a celebrar a lo grande —le susurré.

Me abrazó y me dio las gracias. No le dije que para mí era el último día con toda la familia. Me concentré en su calor, en su risa floja y en el brillo de sus ojos.

Llegó el momento de la tarta. Mis sobrinos rebosaban emoción; mi cuñado no dejaba de fotografiar. Yo mantuve silencio, sujetando el plato con delicadeza, como si contener la tensión dependiera de masticar sin prisa. Mi madre cantó "feliz cumpleaños", la tarta apareció, se apagó la vela. Fue mágico.

Justo entonces, sentí que Lulú ocultaba algo en la mirada. Se acercó y me susurró al oído:

—Si buscas a Claudia, debes saber que se ha ido. Estoy segura de que esa ex suya tiene algo que ver.

Procesé esas palabras un instante. «Se ha ido»… ¿qué significaba exactamente? Me quedé con la cuchara suspendida entre plato y boca. El dolor se intensificó.

—¿Idoia? —pregunté sin energía.

—Sí —contestó Lulú en voz baja—. El de seguridad me dijo que Claudia se marchó esta mañana a un lugar "para estar tranquila".

La mezcla de celos y ansiedad me desbordó. Sentí mis piernas flaquear. Sin terminarme la cerveza ni comerme uno de los helados que mi hermana se sacó de la chistera, me levanté precipitadamente. Cojeé como pude y me perdí por los senderos del bosque.

Ni yo sé cómo llegué hasta la otra cabaña, pero al final respiré hondo y me situé junto a la puerta. Temí encontrarla allí con Idoia. Giré el picaporte… y nada. La cabaña estaba vacía, sin rastros de Claudia. El vacío me pegó un puñetazo.

—¿Joana?

Escuchar su voz fue devastador. El hueco que había encontrado dentro se llenó de repente. Cuando me giré y la vi sola, SOLA, comprendí que, por mucho que yo hubiera soñado con despedirme de ese lugar, no iba a lograr dejar atrás lo que ella representaba.

—¿Qué haces aquí…? ¿Y lo de tu madre?

Cojeando con fuerza y decisión, me acerqué. La miré como una adolescente frente al amor verdadero. Y la besé.

En ese infierno verde apagué el orgullo y encendí el corazón. No sabía qué pretendía, queriéndome hacer la dura estando claro que Claudia me había suavizado como miel cayendo. Ella envolvió mi cuerpo con sus brazos y, besándome, me arrastró con ella hacia dentro de la cabaña. Esa mezcla de nostalgia y alivio me cubrió como un abrazo cálido.

Porque las despedidas duelen cuando todo lo que dejas atrás es lo que deseas con todas las fuerzas… y yo quería que Claudia se me quedara tatuada en la piel, a mordiscos y arañazos.

CAPÍTULO 21

Cuando el amor arde, arde de verdad

Entramos en la cabañita conteniendo la respiración, dominadas por los besos. Tuve la sensación de apartarme del mundo, del ruido, de los insectos, las cabras y de esos malditos pensamientos venenosos de días atrás. Sólo existíamos nosotras dos, otra vez, en el lugar donde todo había comenzado. Bueno, mentira: lo suyo habría sido decir que empezó en las duchas.

La miré a los ojos un segundo. Sus pupilas estaban dilatadas y reconocí en ellas esa mezcla de deseo y miedo que me atraparon la primera vez que nos cruzamos. Cuando Claudia me dio la bienvenida al camping y yo sólo deseaba que la tierra me tragara.

Nos habíamos extrañado... más de lo que cualquiera podría haber imaginado. Cuando ella tomó mi mano y comenzó a besarla, supe que esto no era un simple polvo de verano. Era fuego. Fuego que arde, que consume, que no deja escapar.

Jugamos a rozarnos los labios. A tentarnos. A fundirnos con nuestros cuerpos. Nos mordimos, arrancamos la ropa y caímos, como quien se precipita por un abismo, hacia la cama. Con sus labios en mi cuello y jadeos que me erizaban la piel mientras se mezclaban con la humedad de mis bragas.

—Te he echado de menos... —susurró.

Sentí cómo sus besos encendían mi piel justo encima de esa vena que late sin control cuando estoy nerviosa. Le respondí con un beso profundo, la atraje por la cintura y la presioné contra mi cuerpo como si temiera estar soñando otra vez.

Nuestra ropa interior desapareció con calma. Cuando por fin me tuvo desnuda, Claudia recorrió mi piel con la yema de los dedos, de arriba abajo, deteniéndose en las costillas, las piernas y el pecho. Como si leyese un mapa de senderismo que quería memorizar de un solo vistazo.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Me dijeron que te habías ido... —respondí mientras me acariciaba la espalda—. Pensé que vendrías a tu refugio.

—No sabía dónde meterme, sobre todo después de lo de anoche...

Me sentí tan mal por el modo en que la había tratado que interrumpí su explicación con otro beso. No deseaba centrarnos en el pasado, en el dolor, en las dudas.

—Perdona por haber sido tan borde —confesé mientras nuestras bocas se encontraban—. Estaba molesta.

—Y muy celosa —añadió.

Gracias a Idoia, mis celos habían alcanzado límites insospechados. Además, sufría por su culpa: estaba coja, desequilibrada por su presencia, esa que habría derribado la estabilidad que había encontrado en el camping después de mucho quejarme de lo contrario.

Claudia me guió hasta colocar mi cuerpo sobre el suyo. Me puse a horcajadas en su cadera, apoyé las manos en su pecho, abrí las piernas. Sentí sus manos deslizarse por mis muslos hasta llegar a mi sexo, primero el pulgar, luego el resto. No había olvidado lo mucho que disfrutaba su manera de amar... ni ella lo bien que me conocía.

La empujé para que me tomara sin demora, para que dejara que sus dedos me penetraran con fuerza. Ella sonrió al notar lo húmeda que estaba, al sentir mi urgencia.

Comenzamos a movernos y perdí la cuenta del instante en que ocurrió el primer orgasmo. Aun así, ella continuó. Con los ojos brillantes y las piernas temblorosas, no cesó. Me siguió tocando, lamiendo, mordiendo, y antes de darme cuenta, gritaba su nombre en un segundo gemido ronco.

Después, el sexo fue pausado, tierno, profundo. Nos susurramos palabras, reímos, compartimos aire y paz. Sus manos en mi espalda me hacían sentir segura, mis dedos en su cuello le devolvían libertad. Nos prometimos mil cosas sin pronunciar palabra. Disfrutamos sin pausa. Yo la sentí tan cerca que flotaba.

Fue más intenso, más cálido, más real que el primer encuentro. En cada roce, en cada gemido, nos regalamos aquello que no nos habíamos permitido antes por miedo.

No faltó lo tierno. Sentir la lengua de Claudia recorrer mi piel, lamer mi ombligo, saborear mi sexo. Aquella cabaña ardió mientras nosotras nos

quemábamos con ella. Cuando el clímax nos golpeó juntas por última vez, nos corrimos al unísono en un gemido compartido que se fundió con el murmullo del bosque.

Nos quedamos abrazadas largo rato, con la piel empapada de sudor y los cuerpos encendidos. No quise decir nada, sólo cerrar los ojos y dejar que el latido tonto en el pecho me acompañara.

Hasta que Claudia susurró al oído:

—No sé lo que te explicó Idoia, pero quiero que sepas que no eres un polvo de verano. Ojalá pudiera impedir que te fueras.

Sentí su aliento en mi frente, sus dedos en mi pelo y unas ganas infinitas de quedarme.

—Solo tenías que pedírmelo así...

Y lo hice sin dudar. Era lo que sentía y lo dejé salir.

Después estuvimos un rato en silencio, riéndonos de lo absurdo de todo, de lo intenso de este verano, de ese duelo de miedos e intenciones que nos había envuelto.

Nos quedamos entrelazadas, con las piernas enredadas. En esa cabaña que fue testigo de tanto, con la certeza de que mañana estaríamos juntas otra vez.

CAPÍTULO 22

Tiroteo verbal al amanecer

Desperté antes de que el sol decidiera hacer su entrada triunfal por la ventana. El aire olía a bosque, a humedad y algo más… a Claudia, a nosotras. Me llevó unos segundos recordar dónde estaba, pero el brazo enredado en mi cintura, la pierna entre las mías y el leve roce de su respiración en mi cuerpo me trajeron de vuelta a la realidad y me recordaron todo lo que había pasado la noche anterior. Y también los días pasados.

Yo no era muy dada a montar escenitas, pero haber llegado hasta aquí y haber hecho el amor con Claudia era lo que más deseaba. Y no quería que el día pasara y tener que enfrentarme a una mañana más en el camping.

Me giré con cuidado para no despertarla. Ella dormía profundamente, con el ceño un poco fruncido, como si incluso en sueños discutiera con alguien. El pelo revuelto, la mejilla hundida en la almohada, la boca entreabierta. Parecía mentira que esa fuera la misma mujer que me había sacado de quicio desde el primer día. La misma que me había duchado con incienso, obligado a caminar descalza y ridiculizado frente a medio camping. La misma que me hubiese tentado hasta follarme aquel día en las duchas. Y, aun así, aquí estábamos.

Las sábanas eran un caos y el suelo parecía haber sobrevivido a un pequeño tornado: ropa interior, camisetas, mi sujetador colgando del pomo de la puerta. No sabía si sentir vergüenza o hacerle una foto para inmortalizar el momento.

Había algo de mágico en esa calma. Como si el mundo se hubiese congelado en un amanecer de postal solo para nosotras. Casi me reí en voz baja. Quién me iba a decir que unas vacaciones que empecé odiando acabarían siendo… esto. Tan intensas. Tan impredecibles. Tan ella.

Y justo cuando pensaba que nada podía romper ese embrujo suave, el móvil de Claudia vibró sobre la mesita.

Ignorarlo era la opción madura. La que habría elegido una persona equilibrada y confiada. Yo, sin embargo, me limité a mirar de reojo. Vibró otra vez. Y otra. El nombre de Idoia apareció en la pantalla como un anuncio luminoso y bufé.

Me mordí el labio. No debía, pero al final lo hice. Deslicé con cuidado el móvil hacia mí, solo para mirar las notificaciones. No lo abrí del todo, vale. Solo leí por encima. Un mensaje. Dos. Cuatro. Uno detrás de otro. Y todos con el mismo tono entre pasivo-agresivo y condescendiente que solo una ex celosa sabe manejar:

"No le digas nada, Claud. No estás preparada. Ella tampoco."

"Joana no te va a entender. Ya lo sabes."

"Piensa bien lo que haces antes de cagarla."

El corazón me golpeó fuerte contra el pecho. Me removí en la cama como si las palabras me pincharan la piel. No sé qué me molestaba más: si que Idoia se creyera la consejera del mes o que acribillase a mensajes a Claudia sobre qué o no hacer conmigo.

—¿Qué haces? —la voz de Claudia me sobresaltó.

Me giré en seco. Sus ojos aún tenían restos de sueño, pero ya no había rastro de dulzura en ellos. Yo tenía el teléfono en la mano y no había escapatoria alguna.

—Yo… —empecé a decir—. Vibró. Solo… vi los mensajes. Lo siento.

—¿En serio?

—No los he abierto, solo…

—¡Joana! —Se incorporó de golpe, cogiendo el teléfono de mis manos—. ¿Quién coño te crees para invadir mi privacidad así?

El calor del momento se evaporó como la escarcha de la noche ante el sol de la mañana. Noté cómo la vergüenza me subía por la nuca, pero también algo más potente: la rabia y la inseguridad.

—¡Perdona, pero no me pongas esa cada de indignación! —exclamé —. Yo no tengo a una ex que se cree que puede meterse en tu vida y mandarte consejitos de cómo enfrentarte a tus nuevas relaciones.

—¿De qué estás hablando?

—¡Léela! —señalé el teléfono—. Ni siquiera sé cómo es que le hablas o le sigues haciendo caso. Está claro que es una celosa de mierda que intenta controlarte la vida.

—¿Y tú qué eres? Porque ahora me dirás que no estás celosa.

No respondí. Tenía razón. Estaba celosa. Celosa a rabiar.

—¿Y qué esperas? Lo único que le ha faltado estos días es meterse en tu cabaña y hacerme creer que habíais follado. ¿¡Es que acaso no te has dado cuenta de que me quería hacer daño!?

—Apenas nos conocemos y ya me estás armando un numerito. ¡Esto era lo que quería evitar! —me respondió mientras buscaba su camiseta entre la ropa del suelo—. Me estás haciendo sentir culpable de haber tenido dudas y haberle pedido consejo a una amiga. ¿Es que no te das cuenta? Que mira, me parece muy bien que tú estés súper segura de lo que sientes, pero yo no…

—¿No estás segura? ¿A qué vino entonces lo de anoche?

Claudia se me quedó mirando como si hubiese visto un fantasma. Ella lo había dicho «Joana, no eres un polvo de verano». Pero si no era eso, ¿qué era entonces?

Las dudas me atravesaron. No dije nada. Me levanté de la cama, empecé a vestirme y cuando recogí todas mis cosas, empecé a caminar.

—¿Dónde vas?

—Te lo dije —respondí—. Mis vacaciones se terminaron ayer. Y no tengo excusa para quedarme más tiempo.

—¿En serio?

—Sí. Será mejor que vuelva. Esta guerra por ver quién entra o sale de tu vida. O con quién jugas o no, no es la mía. No me apetece seguir discutiendo por algo que olvidaremos una vez que deje el camping. Así que, me marcho antes de que acabemos destrozándonos un poco más.

Salí sin cerrar del todo la puerta. El aire fresco de la mañana me golpeó en la cara como un cubo de agua helada. Caminé rápido, sin mirar atrás. No quería que me viera llorar. Ni volver para explicarme. Ya no. Por mucho que me doliera. Por mucho que la quisiera. Porque sí, la quería. Aunque ahora mismo, eso no sirviera de nada.

CAPÍTULO 23
Huida emocional

Camping Legur (Gerona). 17 de agosto de 2025

Desperté antes de que el sol decidiera entrar por la ventana. El aire olía a bosque, a humedad... y a algo más: a Claudia, a nosotras. Me llevó unos segundos recordar dónde estaba, pero el brazo enredado en mi cintura, mi pierna entre las suyas y el leve roce de su respiración devolvieron todo a la realidad y me reconectaron con lo vivido la noche anterior. Y con los días anteriores.

No era muy dada a montar escenitas, pero haber llegado hasta aquí, haber hecho el amor con Claudia, era lo que más había deseado. No quería enfrentar una mañana más en el camping.

Me giré con cuidado para no despertarla. Ella dormía profundamente, con el ceño fruncido como si discutiera en sueños. El pelo revuelto, la mejilla hundida en la almohada y la boca entreabierta. Daba vértigo pensar que era la misma mujer que desde el primer día me había enloquecido. La misma que se había reído de mí después de que Lolita me derribase, la misma que se había metido mano aquella noche mientras todos disfrutaban de una cena social y la misma que me había tentado hasta follarme en las duchas. Y, aun así, aquí estábamos.

Las sábanas eran un caos. El suelo parecía haber resistido un mini tornado: ropa interior, camisetas, mi sujetador colgando de la puerta. No sabía si sentir vergüenza o retratarlo todo para guardarlo como recuerdo.

Había algo mágico en esa quietud matinal. Era como si el mundo hubiera congelado ese amanecer solo para nosotras. Casi me reí en silencio. Quién me iba a decir que unas vacaciones que comencé odiando terminarían siendo esto. Tan intensas. Tan imprevisibles. Tan ella.

Entonces, cuando creía que nada podría romper aquel hechizo, el móvil de Claudia vibró sobre la mesita.

Ignorarlo habría sido la opción madura. La elegida por alguien equilibrado y seguro. Yo, en cambio, lo miré de reojo. Vibró otra vez. Y otra. El nombre de Idoia apareció en la pantalla, brillante como una alerta, y bufé.

Me mordí el labio. No debía... pero lo hice. Deslicé con cautela el móvil hacia mí para leer las notificaciones. No abrí los mensajes. Solo los leí por encima. Un mensaje. Dos. Cuatro. Todos con ese tono pasivo-agresivo y condescendiente que solo una ex llena de rencor sabe utilizar:

«No le digas nada, Claud. No estás preparada. Ella tampoco.»

«Joana no te va a comprender. Ya lo sabes.»

«Piensa bien lo que haces antes de cagarla.»

Sentí el corazón golpeándome dentro del pecho. Me removí bajo las sábanas como si las palabras me perforaran la piel. No sabía si me molestaba más que Idoia se creyera consejera oficial o que inundara a Claudia de apuntes sobre cómo "conducir" la relación conmigo.

—¿Qué haces? —la voz de Claudia me sobresaltó.

Me giré en un instante. Sus ojos aún tenían restos de sueño, pero ya no había dulzura. El teléfono estaba en mi mano y no había escapatoria.

—Yo... —traté de justificarme—. Vibró... solo miré los mensajes... lo siento.

—¿De verdad?

—No los abrí, solo...

—¡Joana! —exclamó, incorporándose y birlándome el móvil de las manos con una rapidez que me dejó muda—. ¿Quién te crees para invadir mi privacidad así?

El calor del instante se evaporó como escarcha al sol de la mañana. Sentí cómo la vergüenza ascendía por mi nuca, pero también algo más: rabia e inseguridad.

—¡Perdona, pero no pongas esa cara de indignación! —solté—. Yo no tengo a una ex dándote órdenes sobre cómo vivir tu vida o con quién acostarte.

—¿De qué estás hablando?

—¡Léela! —respondí, señalando el móvil—. Ni siquiera sé cómo le haces caso. Está claro que es una celosa de mierda que quiere controlarte.

—¿Y tú qué eres entonces? ¿Vas a decirme que no estás celosa?

Callé. Tenía toda la razón. Estaba celosa. Celosa como nunca.

—¿Y qué esperas? Si al final lo único que le faltó estos días fue meterse en tu cabaña y fingir que habías follado con ella. ¿No te das cuenta de que intentaba hacerme daño?

—Nos conocemos bien poco y ya me montas un numerito. ¡Esto es precisamente lo que quería evitar! —reclamó mientras buscaba su camiseta en el suelo—. Me estás haciendo sentir culpable por haber tenido dudas o por haber pedido consejo a una amiga. ¿No lo entiendes? Está claro que tú estás segura de lo que sientes. Yo no...

—¿No lo estás? ¿Entonces qué fue lo de anoche?

Claudia me lanzo una mirada helada, como si hubiese visto un espectro. Ella me había dicho: «Joana, no eres un polvo de verano». Pero si no era eso... ¿qué era?

Las dudas me atravesaron. No dije nada. Me levanté, me vestí, recogí mis cosas y caminé hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—Te lo dije —contesté con voz firme—. Mis vacaciones terminaron ayer. No voy a quedarme más tiempo.

—¿De verdad?

— Esta guerra por ver quién entra o sale de tu vida. O con quién jugas o no, no es la mía. No me apetece seguir discutiendo por algo que olvidaremos una vez que deje el camping. Así que, me marcho antes de que acabemos destrozándonos un poco más.

Salí sin cerrar del todo la puerta. El aire matutino me dio de lleno, frío como un cubo de agua helada. Caminé rápido, sin mirar atrás. No quería que me viera llorar. Ni tener que explicar nada más. No ahora. Por mucho que doliera. Por mucho que la amara. Porque sí: la amaba. Aunque ahora mismo, eso no sirviera de nada.

CAPÍTULO 24

Lo que no se dice

Corrí. No pensé en nada, solo en alejarme. El aire de la mañana era espeso, casi pegajoso, como si el bosque intentase retenerme entre sus ramas. Pero no me detuve. Sentía el corazón golpearme con fuerza, como si quisiera abrirse paso fuera del pecho. La rabia, el miedo, la vergüenza... todo me ardía por dentro. Cada paso era un intento de huida, una forma de dejar atrás lo que acababa de suceder.

No sabía adónde iba. Seguí el mismo sendero que me había conducido a la cabaña, pasé por el camino de grava que bordeaba los corrales, y me crucé con varias personas. No saludé a nadie. Seguía siendo la Gremlin. Y, además, no podía. Tenía los ojos nublados por las lágrimas y la garganta cerrada. Caminaba deprisa, sin desviar la mirada, como si todo el mundo supiese lo que había pasado y yo tratase de esconderme de las miradas. Como si llevase el enfado grabado en la cara —o la desilusión, o la angustia, o la decepción—. Qué más daba.

Cuando por fin llegué a la zona de barbacoas, junto a la piscina, me detuve. El cuerpo ya no respondía. Me dejé caer en una de las sillas, escondí el rostro entre las manos y respiré. Intenté calmarme, contar hasta diez, hasta cien si era necesario. Pero no sirvió de nada. La imagen de Claudia arrebatándome el móvil seguía ahí, grabada a fuego. Su mirada, su tono, su gesto. Y las palabras de Idoia, esas frases envenenadas disfrazadas de consejos, resonaban aún en mi cabeza como un eco maldito.

Me sentía estúpida, vulnerable, pequeña. ¿Cómo había acabado así? ¿Por qué me había dejado arrastrar por los celos? Y peor aún: ¿por qué me dolía tanto que Claudia no supiera lo que quería?

Pasaron varios minutos. No sé cuántos. Me limité a mirar el suelo, a dibujar líneas invisibles en la tierra con la punta de la zapatilla. El sol ya se alzaba y me calentaba los brazos. El murmullo del camping me envolvía, pero no lograba consolarme. Me dolía todo. El cuerpo, la cabeza, el pecho.

Finalmente, decidí volver a mi cabaña. Quería esconderme como una niña después de una rabieta. Me puse en pie, busqué con la mirada el número cinco y empecé a caminar. Pero al girar a la derecha y fijar la vista al frente, me topé con mi madre. Estaba sentada en una silla plegable frente a su cabaña, leyendo el periódico con una taza de café en la mano. En cuanto me vio, dejó el papel a un lado y se incorporó de inmediato.

—Joana, ¿qué ha pasado? —preguntó, con el ceño fruncido y esa mezcla de preocupación y autoridad que solo las madres saben usar.

Me encogí de hombros, sin fuerzas para responder. No insistió. Se acercó, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia ella con dulzura. No lloré, pero cerré los ojos y me dejé abrazar, como si ese gesto pudiera sostenerme por dentro.

—¿Quieres hablar? —susurró al cabo de un rato.

Negué con la cabeza. Entonces me acompañó hasta la cabaña y ambas nos sentamos en los escalones.

—He discutido con Claudia —murmuré al fin—. Me pilló mirando unos mensajes en su móvil. Eran de su ex. Y después... nos gritamos cosas que...

Mi madre no pareció sorprendida. Asintió, como si hubiera estado esperando una confesión así. Estaba claro que lo mío con Claudia era el tema del verano. Nos mirábamos como si quisiéramos devorarnos, y la gente no era ciega.

—Y tú saliste corriendo, ¿verdad?

—No quería quedarme. Me sentí superada... avergonzada, expuesta, fuera de lugar. No sé.

Suspiró, se colocó el pelo tras la oreja y me sostuvo la mirada con esa firmeza tranquila que tantas veces me había desmontado.

—Joana, puedes huir de muchas cosas: de un trabajo que te asfixia, de una ciudad que no te da nada, incluso de una conversación incómoda. Pero no puedes escapar de ti misma. Ni de lo que sientes.

No respondí.

—Lo fácil es marcharse —prosiguió—. Pero cuando algo de verdad te importa, cuando de verdad te toca dentro, no puedes dar la espalda y fingir

que no pasa nada. Tienes que enfrentarlo. Aunque duela. Aunque te dejes la piel en ello.

Sus palabras me golpearon más fuerte que el propio enfado.

—¿Y si ella no quiere lo mismo que yo? ¿Y si me equivoco otra vez?

—Entonces al menos sabrás que lo diste todo, con sinceridad, con el corazón por delante. Que fuiste valiente. Pero si te marchas sin luchar, con todas esas dudas dentro... eso pesa más que cualquier discusión.

La miré. En sus ojos había ternura y firmeza. Esa misma mirada que me dirigía cuando, de niña, me caía de la bici y quería rendirme. Cuando suspendía un examen y pensaba que no valía. Cuando me convencía de que no merecía la pena volver a intentarlo.

—¿Y si me rompo por el camino? —pregunté, apenas en un susurro.

—Entonces recoge los pedazos con dignidad. Pero no te vayas sin comprobar si aún se puede arreglar.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El camping seguía su rutina: niños corriendo, padres con mochilas. Pero yo estaba allí, suspendida en ese momento, sintiendo que por fin alguien me había dicho lo que necesitaba oír.

Me incorporé despacio. Respiré hondo y me pasé una mano por la cara.

—Gracias, mamá —le dije.

—Ve con calma. Y con la cabeza bien alta —añadió, abrazándome—. Lo que estás viviendo, Joana, no es cualquier cosa. Es importante. Y tú también lo eres.

Asentí. Me di la vuelta para entrar en la cabaña y justo antes de hacerlo, su voz me alcanzó una vez más:

—Y recuerda: no todas las guerras se ganan gritando. Algunas se ganan hablando desde el corazón.

Me dedicó una sonrisa y se marchó, dejándome con una nueva serenidad. No sabía qué ocurriría con Claudia. No sabía si lograríamos entendernos o si aquello era el cierre definitivo de nuestro pequeño caos.

Pero por primera vez desde que salí corriendo, ya no tenía la sensación de huir.

Ahora caminaba hacia algo, aunque aún no supiera muy bien qué.

CAPÍTULO 25

La familia al rescate

Después de la conversación con mi madre, sentí como si me hubieran quitado un peso enorme de encima. No todo, claro. Seguía cargando una mochila emocional tamaño XL, pero al menos ya no me aplastaba el pecho. Por primera vez desde que llegué al camping, tenía la sensación de haber vuelto a poner los pies en la tierra.

No iba a huir. Me lo había prometido a mí misma. Tenía que enfrentarme a lo que sentía. A Claudia y al caos que había desatado en mi cabeza desde aquel momento en que me recibió en la puerta. Pero también necesitaba un respiro. Y, por una vez, poner en pausa este drama lésbico-romántico en el que me había visto atrapada sin comerlo ni beberlo.

Así que, cuando Lulú apareció como un torbellino por la puerta —con mis sobrinos chillando, mi cuñado arrastrando varias mochilas y mi madre cargada con termos de café— supe que había llegado mi oportunidad. Habían planeado una caminata tranquila por los alrededores. Y, aunque sonaba a plan improvisado, era justo lo que necesitaba: naturaleza, aire puro y, sobre todo, cero estrés.

—Déjate el móvil —ordenó Lulú, alzando una ceja como si estuviese al mando de un campamento militar—. Así te olvidas del mundo y solo te centras en nosotros y en la paz.

—¿Desde cuándo hay paz en esta familia? —murmuré, aunque nadie me escuchó.

Me calcé las deportivas con resignación y la esperanza de que andar me ayudaría a aclarar la mente. No tenía por qué pensar en Claudia. Ni en su mirada, ni en su piel, ni en sus labios, ni en su forma de discutir o acariciarme. Nada. Podía centrarme solo en mí, ordenar el caos y seguir adelante.

Pero esa calma no duró mucho.

Estábamos a punto de iniciar la caminata cuando, como caída del cielo —o más bien empujada por el destino—, apareció Claudia. Llevaba el pelo

suelto, una camiseta de tirantes ajustada y unos pantalones cortos. Una mochila le colgaba del hombro. La clase de visión que te hace tropezar aunque el camino esté completamente despejado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, incapaz de disimular el tono.

—Tu madre me comentó que ibais a caminar —respondió—. Pensé que os vendría bien una guía experta. El sendero puede resultar confuso en algunos tramos.

—Está señalizado con flechas rojas.

—Sí, pero hay zonas donde se mezclan los caminos. Podríais despistaros.

Estuve a punto de decirle que la única que me confundía era ella, pero mi madre me lanzó esa mirada que venía a decir «No seas idiota, Joana. Por favor».

—Nos encantará que nos acompañes —intervino mi cuñado, siempre ejerciendo de diplomático—. Cuantos más, mejor.

—Estupendo —dijo Claudia, sonriendo como si todo fuera maravilloso y no hubiéramos estado a punto de lanzarnos los trastos a la cabeza unas horas antes.

Lulú me dio un codazo. Luego otro. La tensión entre Claudia y yo era tan palpable que incluso los niños nos observaban como si fuésemos personajes de una serie animada a punto de pelear.

—¿Vas a montar un numerito o te vienes a caminar? —preguntó mi hermana.

—Voy. Pero que ella esté aquí no cambia nada.

—Claro, nada de nada —replicó con una sonrisa.

Comenzamos a caminar en fila, como si estuviésemos en una excursión escolar. Claudia encabezaba el grupo, por supuesto, como buena guía de montaña. Yo iba detrás, con la mochila al hombro y las emociones a flor de piel. A mi lado, mi sobrina pequeña me describía cómo imaginaba que en el bosque vivían duendes que hacían ejercicio entre las flores y comían raíces. Me pareció una visión bastante acertada del camping en general.

El sendero era precioso, eso sí. La luz se colaba entre los árboles, el canto de los pájaros flotaba en el aire y el aroma a tierra húmeda y pino lo

envolvía todo. La brisa agitaba las ramas con suavidad y todo brillaba con esa calidez veraniega que convierte cualquier escena en una postal. Era difícil seguir enfadada en un lugar así. Pero yo lo intentaba con todas mis fuerzas.

No supe en qué momento comenzamos a caminar una junto a la otra. El silencio entre nosotras pesaba, lleno de lo que no se decía. Después de la discusión y todo lo que nos habíamos lanzado a la cara, no estaba segura de querer decir nada.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Claudia se acercó más al caminar por una parte del sendero algo más estrecha.

—Solo quería asegurarme de que no estabas...

—¿Cansada o harta? —respondí con sarcasmo.

—Joana, por favor...

—No empecemos otra vez.

Seguimos en silencio. El grupo se dispersó un poco: los niños corrían por delante, mi madre charlaba con Lulú sobre la receta ideal de la tortilla de patatas, y yo intentaba recordar por qué demonios había aceptado salir a caminar con ellos. Algo me decía que había sido una encerrona, una de esas maquinaciones maternales con ayuda de Lulú. Y, aunque me costara admitirlo, una parte de mí —muy pequeña— lo agradecía.

—Escúchame —dijo Claudia, deteniéndome con una mano y bajando la voz—. No se me da bien esto de las relaciones. Nunca se me ha dado. Y no sabía qué hacer...

—Podrías empezar por impedir que tu ex dirija tu vida, por ejemplo.

—Eso ya lo tengo claro. Pero no he venido para discutir contigo. Solo quería que supieras que... estoy intentando aprender.

Sus palabras quedaron suspendidas entre nosotras. No supe qué contestar.

—Lo sé —murmuré al fin—. Pero lo único que necesitaba era que me dijeras que te importaba. No descubrir que, además, Idoia te estaba empujando a hacer justo lo contrario.

—Joana, por favor...

Volví a caminar. Las palabras de mi madre resonaban en mi interior: que no huyera, que me enfrentara a lo que sentía, que escuchara a mi corazón. Y, en ese momento, con Claudia a unos pasos de distancia, comprendí que lo que más necesitaba no era una disculpa.

Necesitaba seguridad. La de que lo que sentíamos valía la pena y no solo para mí, para las dos.

CAPÍTULO 26

Despedida... (¿o no?)

El paseo por el monte resultó un espejismo. Claudia y yo pactamos una tregua aparente: esa calma que parece ofrecer paz, pero en realidad solo esconde un volcán a punto de estallar. Al regresar al camping, todo prendió fuego.

No sé si fue el calor pegajoso del atardecer, o haber pasado horas fingiendo que no me dolían los mensajes de Idoia. Que no me importaba que Claudia lo contara todo para pedir consejo sobre algo que solo ella podía decidir. Pero cuando al entrar al camping vi a los niños correr hacia las duchas como si fuera la atracción del día, me giré hacia Claudia y solté todo lo que había estado reprimiendo:

—¿Sabes qué me revienta de todo esto? —empecé sin filtro—. Que digas que te importa, que esto no es un rollo de verano, pero no seas capaz de decirme nada claro. Que me folles como si me quisieras, pero luego, cuando más necesito oírlo, no lo digas. Que estés aquí, tan cerca, pero siempre retrocediendo.

Claudia me observó y, por su expresión, supe que mis palabras la habían sacudido.

—¡Es que no sé cómo hacerlo! ¡No sé cómo poner en palabras algo que empezó como deseo y ganas de follarte contra todo y contra todos! ¡Se me ha escapado de las manos!

—Pues podrías haberlo pensado antes de arrastrarme con tu incerteza.

—¿Y tú qué? ¿Tú no tienes nada que decir? Me exiges claridad mientras tú estás deseando irte a escondidas a tu cabaña sin que nadie te vea.

—Me voy porque no soportaría seguir sin tener las cosas claras contigo —solté—. Porque la incertidumbre me destruye. Prefiero marcharme antes de sentir que tengo que seguir detrás de ti mendigando algo que yo misma estaría dispuesta a darte sin esfuerzo.

Claudia no contestó. Bajó la mirada y suspiró. Su silencio me dolió más que cualquier reproche. Así que hice lo que había empezado a hacer esa mañana: empaqué las maletas.

Anochecía lentamente, como si el cielo también se sintiera pesado. El camping estaba en calma, sumido en ese silencio mágico que sólo ofrece el verano cuando comienza a morir. Las luces de los farolillos, el canto de los grillos, alguna risa lejana. Empecé a sentir un cariño profundo por aquel sitio tan bonito que me resultaba insoportablemente nostálgico.

Me disponía a marchar a la mañana siguiente. Sin discursos. Sin justificar nada. Tenía todo listo junto a la puerta. Puerta que se abrió de repente y transformó todo mi ánimo.

—¿Es que no te cansas de discutir? —pregunté, cruzada de brazos, desesperada por quedarme sola—. Estoy harta de todo esto.

Claudia, con la respiración agitada, los ojos encendidos y ese brillo urgente del deseo, cerró la puerta y me besó. No fue un beso tierno ni de cumplido. Fue un beso que arrasó mi mal humor. Que detuvo mis pensamientos. Que convirtió mi cuerpo en fuego y ceniza al mismo tiempo.

Me besó con rabia, con necesidad. Escribió en mis labios lo que no podía decir de palabra, y yo respondí como si fuese mi última posibilidad.

Nuestros cuerpos se encontraron con una urgencia brillante. Nuestras manos, nuestras bocas. Todo fue precipitado, sin pausa. Me empujó contra la pared y arrancó mi camiseta como si le molestase que cruzara algo entre nuestros cuerpos. Le devolví el gesto. Rompí los corchetes de su sujetador. La toqué como si fuese la última vez, porque en mi cabeza... lo era.

Nos reímos entre jadeos al tropezar con las zapatillas que llevaba puestas. Las apartó con el pie. Me tumbó en la cama sin delicadeza y me acarició con labios, dedos, cada centímetro de su piel. Me mordió el cuello y me hizo gemir su nombre. Yo le devolví cada caricia con hambre. La acaricié, la besé, la abracé como si quisiera grabarla en mi memoria. Porque si me marchaba, no pensaba olvidar nada de lo que sucediera esa noche.

El orgasmo llegó como una ola salvaje, brutal. Nos alcanzó juntas, como si lo anterior no importase. Como si el mundo se redujera a nosotras, como si el universo entero fuera esa cabaña mal ventilada en medio del bosque, y nuestros suspiros y sudor el único pulso real.

Después, cuando el silencio regresó y la respiración se calmó, Claudia apoyó la frente sobre mi pecho y murmuró, casi sin aire:

—Puedes marcharte si quieres. Pero antes de hacerlo... sólo quiero que sepas que estoy enamorada de ti.

El mundo se detuvo. Literalmente. Esa frase encendió la luz en una habitación que llevaba semanas en penumbra.

No dije nada. No porque no quisiera, sino porque no pude. Porque, por primera vez, lo había dicho todo sin bloqueo alguno. Y ahora tenía la pelota en mi tejado y la decisión en mis manos: ¿marcharme... o quedarme de una vez?

EPÍLOGO

Un invierno en guerra… juntas

Seis meses después, aún me cuesta creer cómo pasé de detestarla a no saber respirar sin ella.

Bueno, sí lo sé. Lo entiendo perfectamente. Solo que todavía me incomoda reconocerlo en voz alta, porque implica admitir que me equivoqué en casi todo: sobre el camping, sobre Claudia, sobre mí misma.

Ahora vivimos juntas. En un piso pequeño en Zaragoza que huele a incienso los lunes, a curry los martes y a quemado los domingos (cuando Claudia se atreve a cocinar). Las paredes están cubiertas de plantas que resisten milagrosamente, fotografías nuestras y cuadros retro que Claudia rescata de mercadillos como si fuesen tesoros olvidados, con la misma ternura con la que otros recogen gatitos de la calle.

Nuestra rutina es una batalla diaria.

Discutimos por el lado de la cama, por quién mete mal los platos en el lavavajillas, por si desayunar avena es más sano que mojar churros en chocolate, por si hace demasiado frío para ventilar o demasiado calor para no hacerlo. A veces reñimos por tonterías, otras por esos temores antiguos que aún arrastramos. Pero siempre, siempre, acabamos riéndonos. O besándonos. O haciendo el amor. O todo a la vez.

Y sí, seguimos siendo un desastre comunicativo, pero ahora al menos hemos aprendido a decir lo que de verdad importa.

—¿¡Qué le has hecho a mi taza favorita!? —grité desde el salón.

—¡Pues la fregué! —replicó desde la cocina, blandiendo una cuchara de madera como si fuese una espada.

—¿Pero lo hiciste con un estropajo de acero? ¡Mírala! ¡Le has arrancado el esmalte!

—Tampoco era tan especial... Además, mañana te compro otra en el mercado.

Solté una carcajada. Apareció en el marco de la puerta, con el moño torcido y una mancha de cúrcuma en la camiseta. Y sí, probablemente sea la persona más desesperante del planeta, pero también es la que me ancla cuando siento que todo se tambalea.

Esta mañana, antes de irse al trabajo, me dejó una nota escrita en el espejo con rotulador de pizarra:

"*Hoy hace seis meses que te dije que podías marcharte. Gracias por no haberlo hecho y haberte quedado conmigo. Te quiero.*"

Y yo, que ya había decidido enfadarme porque llevaba sin sacar la basura desde el lunes, me lo tragué todo y la abracé como una tonta, intentando que no se me empañaran los ojos.

No todo es perfecto. Y nunca lo será.

A veces me asaltan las inseguridades. A veces ella necesita espacio y yo, seguridad. Pero ahora lo hablamos. Lo enfrentamos. Lo compartimos. Y al final del día, siempre acabamos en el mismo lugar: en nuestra cama, en nuestro hogar, en esta extraña pero maravillosa guerra de amor que hemos aprendido a combatir juntas.

Así que sí, puede que el verano nos uniera entre sudor, sexo y discusiones, pero ha sido el invierno el que nos ha hecho fuertes.

Y aunque sigamos peleándonos por la última chocolatina del cajón…

Ahora sé que no quiero tener razón.

Solo quiero seguir en esta lucha con ella.

Para siempre, si puede ser.